Entre los federales no había problema: los cristeros eran fusilados inmediatamente, "lo mismo fueran pocos o muchos",[175] y la prensa consigna cotidianamente las ejecuciones de civiles cómplices o sospechosos y de prisioneros hechos en el curso de los combates. Esto respondía a una política del ejemplo, que quería dar publicidad a la represión, para mostrar los progresos del ejército a la vez que para disuadir a los rebeldes de proseguir la lucha.[176] En enero de 1929, el presidente Portes Gil, deseoso de probar una nueva política, ordenó a los generales que no ejecutaran ya a los prisioneros; pero a partir de febrero los fusilamientos se reanudaron en mayor número que antes.[177] Raros eran los generales que no fusilaban, y los nombres de éstos se hallan en labios de todos: Lázaro Cárdenas, Manuel Ávila Camacho (al que no hay que confundir con su hermano, el carnicero Maximino), Ubaldo Garza, Heliodoro Charis y, a partir de 1929, Saturnino Cedillo, que se convirtió a la clemencia después de haber ensangrentado, de 1926 a 1928, su estado de San Luis Potosí y los de Guanajuato y Querétaro.[178]

b] *Pérdidas materiales*

Las pérdidas sufridas por los cristeros deben poder situarse en torno de la cifra de 30 000 hombres, caídos regularmente todos los días, durante tres años, en pequeños grupos. Son raras las grandes matanzas de cristeros, y se explica por la índole de la guerra que hacían. La mayor es la de marzo de 1928, cuando los generales Rivas Guillén y Jaime Carrillo rodearon la partida de Domingo Anaya, cerca de San Francisco del Rincón: 116 perecieron en el

[175] Jean Meyer/Acevedo; general Aranda Díaz, S. Barba González, *op. cit.*

[176] Es la explicación de esta práctica, que va mezclada con un sadismo macabro, pero que en el fondo es muy fríamente razonable: la exposición del cadáver, la circulación de las cabezas, la fotografía detallada de las ejecuciones y de los cadáveres, que suministra al historiador una documentación digna de Goya.

[177] DSR 812.00/Jalisco, 1926-29.

[178] *Excelsior,* 14 de enero de 1929. La presidencia hace saber que "no debe procederse a ejecutar a los rebeldes prisioneros sin que se les forme juicio sumario". El 26 de marzo de 1928, la prensa informa acerca de la ejecución de los 47 prisioneros, supervivientes del grupo de Domingo Anaya. La lista de las ejecuciones consignadas en la prensa sería interminable.

combate y 47 fueron fusilados. También tuvieron grandes pérdidas cuando fueron sorprendidos a las tres de la mañana en San Pedro Apulco, por Quiñones y Maximino Ávila Camacho.[179] Por lo general, en un encuentro perdían de 5 a 40 hombres, y muy a menudo salían indemnes, a causa de su táctica del "piquihuye". Día tras día, los totales acaban por ser impresionantes: 233 muertos combatientes en el municipio de Arandas, 158 en el de Atotonilco, cerca de 200 en Juchitlán,[180] y algunas familias son diezmadas: 5 Dueñas (David, José, Manuel, Sabás y Salvador), de Atotonilco; 7 Arellanos caídos en 1928 en Florencia; 5 Moras, de la familia del general (Durango); 5 Lamas en Florencia y 3 en Huejuquilla.[181] Es interesante saber que los cristeros tuvieron siempre la impresión de perder poca gente, lo cual era relativamente cierto si tenemos en cuenta que las pérdidas federales eran dos o tres veces mayores. Los medios técnicos de que disponía el ejército mexicano no permitían aún invertir la proporción de las pérdidas, en una guerra popular, en favor del ejército regular. Por otra parte, todos los cristeros afirman que tuvieron más muertos asesinados después de los "arreglos" que caídos en los campos de batalla. Esto no corresponde a una verdad aritmética, sino a una verdad subjetiva: los jefes cayeron sobre todo después de la guerra, y estos asesinatos se sentían mucho más duramente que una muerte, natural y justificada en suma, frente al enemigo.

Del examen de los cuestionarios y de los archivos de la Brigada Quintanar (Zacatecas) se pueden obtener cifras que no tienen otro valor que el indicativo, ya que no se apoyan más que sobre una pequeña parte de los efectivos que entraban en acción: para los grupos en cuestión, las pérdidas sufridas durante la guerra son de 2 000 soldados, y los cristeros asesinados después de los "arreglos" son 570. Al nivel de las unidades, el regimiento San Gaspar, de Ma-

[179] Eugenio Hernández (registrado por el P. N. Valdés) habla de 150 muertos. "Nos matamos unos con otros y ellos también."

[180] Archivos parroquiales, estudiados con ayuda de los cristeros supervivientes, del P. Rafael Ramírez, SJ, y del P. Valdés.

[181] P. Nicolás Valdés, *México sangra por Cristo Rey,* Lagos, 1964, 105 p. Lista alfabética de los cristeros caídos en la guerra, con fecha y lugar; enumeración de 4 000 de Los Altos de Jalisco y de los confines (Zacatecas y Michoacán).

nuel Ramírez, perdió 150 soldados y 30 oficiales, sobre un efectivo permanente de 600 hombres.[182]

De 25 000 a 30 000 cristeros, por 50 000 federales muertos. Doce generales murieron de manera cierta:[183] Manuel Ayala, F. L. Bautista, Rafael Dávila, Juan Espinosa y Córdoba, Goñi, Cipriano Jaime, Ismael Lares, Merino, Eliseo Páez, Ricardo Reyes Márquez, Juan S. Torres y Jesús Vega Gil. Setenta coroneles y 1 800 oficiales, además de 45 000 soldados de línea y agraristas. Sus pérdidas son en comparación mayores porque los destacamentos que caían en una emboscada eran por lo general aniquilados. El gobierno estaba sin cesar obligado a rehacer, a refundir batallones y regimientos, tanto más cuanto que la dureza de la guerra aumentaba el número de los desertores. Según el general Anacleto López, el ejército perdió 5 regimientos en la Sierra de Durango; la columna del general Mendoza perdió 1 000 hombres en 1927, y la de Juan Domínguez otro tanto al año siguiente, marchando sobre Coalcomán. En tres años, 3 000 federales cayeron en el pequeño estado de Colima.[184]

El 4 de noviembre de 1927, en la sierra de Morones, Gorostieta mató a 337 soldados de A. López; Urbalejo perdió 300, del 15 al 18 de noviembre de 1927, contra Mendoza; Cecilio Cervantes mató a 200 federales en la Cuesta Colorada, y F. Sánchez, con W. Vargas, a 150, en el cerro de Tambula (Guanajuato); Pedro Martínez hizo una matanza de 100 agraristas cerca del Mineral del Magistrado; Cedillo perdió 300 hombres en Tepatitlán y 100 en Encarnación de Díaz, en 1929...[185]

Quedarían por evaluar las pérdidas de la población civil (con frecuencia es difícil distinguir entre cristero y civil); pero es imposible, si tenemos en cuenta los efectos de la reconcentración, del hambre, de las epidemias. El cuadro total es el de una guerra excepcionalmente mortífera para el pueblo mexicano.

[182] Lista establecida por Luis Luna.

[183] La lista de los generales y coroneles está hecha sobre los datos de la prensa.

[184] Especialmente favorecidos por la topografía, los cristeros de Durango y de Colima tuvieron pérdidas mucho menores en proporción. El P. Ochoa ha establecido una lista de 400 muertos para Colima.

[185] Véase el relato de la guerra, tomo I, pp. 95 ss.

c] *Costo de la guerra*

No es fácil evaluar el costo de la guerra de 1926 a 1929; sería preciso agregar a los gastos militares propiamente dichos el capital destruido por las operaciones y la pacificación, las pérdidas en vidas y en bienes, lo que se dejó de ganar, las incidencias de la crisis agrícola sobre la economía y la emigración en masa a los Estados Unidós. Se ha dicho ya que los felices comienzos de la política económica del gobierno Calles sufrieron rápidamente, antes de comenzar la guerra, la alteración de la coyuntura: entre otros factores, intervenían la baja de los metales no ferrosos en el mercado mundial y la disminución de la producción petrolera.

La guerra, al afectar el corazón agrícola del viejo México, precipitó la crisis de la agricultura alimenticia y dejó sentir su influencia, incluso al nivel global. El índice del volumen de la producción agrícola (100 = 1900) pasó por las fluctuaciones siguientes: 1921, 82.8; 1922, 98.1 1923, 112.2; 1924, 116.5; 1925, 124.5; 1926, 141.8; 1927, 132.6; 1928, 138.8; 1929, 113.9; 1930, 104.7. O sea que de 1921 a 1926 hubo un crecimiento del 59% y de 1926 a 1930 una baja del 38%.[186]

Esta evolución, mitigada por el alza constante, hasta 1930, de la producción del sector exportador (algodón, henequén, tomates, etc.), es sobre todo clara en cuanto al maíz y los frijoles, base de la alimentación popular: en 1925, se produjeron 1 968 132 toneladas de maíz, y en 1929 sólo 1 468 805, o sea que hubo una baja de 25%; en 1925 se produjeron 187 628 toneladas de frijol, y en 1929 sólo 94 970, o sea que hubo una baja del 50%; para estos dos productos la baja continúa hasta 1930, no comenzando la recuperación hasta 1931.[187]

Los datos fragmentarios confirman esta indicación general, que no es más que una media. En 1927, a causa de la guerra, las superficies sembradas disminuyeron en un 50% en el municipio de Arandas,[188] y los buenos resultados

[186] Fuentes, de 1920 a 1925, Humberto G. Angulo, *Indice de la producción agrícola,* en *Revista de Economía,* IX, 15 de enero de 1946, p. 19; de 1926 a 1930: Nacional Financiera, S. A, SAG, DGEA.

[187] Dirección General de Estadística, *México en cifras, 1938.*

[188] *Excelsior,* 22 de julio de 1927.

obtenidos gracias a un tiempo clemente no permitieron frenar el alza de los precios del maíz;[189] el fenómeno era general en las zonas afectadas por la guerra, y los gobernadores trataron de tomar medidas para atajar la baja de la producción.[190] En 1928-29, el 35% de la cosecha de cereales se perdió a causa de la guerra,[191] y en Zacatecas la cosecha de 1929 fue la peor del siglo, después de la de 1907.[192]

"Se ha estado notando grave crisis económica en todas las actividades comerciales, lo que se está traduciendo en una espantosa miseria en muchas familias, quienes han tenido que emigrar a distintas partes... y no pocas a Estados Unidos, en busca de quehacer... Esta región [Los Altos] presenta un aspecto completamente desconsolador y triste, pues que ha sido materialmente abandonada por sus moradores, las casas se ven completamente solas, ya casi en ruinas, y los centros de población, antes florecientes y hermosos, presentan un aspecto desolado y catastrófico. Y lo grave consiste en que los emigrantes... tampoco hallan en qué trabajar, tal vez por la aguda crisis[193] que padece la República en general... A estos males se ha venido a agregar el de la carencia del maíz."[194] Los municipios sin dinero, dejaron de ocuparse de la conservación y cuidado material de los pueblos y de las ciudades, las escuelas estaban desiertas, la electricidad escaseaba, la delincuencia quedaba impune.

La emigración hacia las grandes ciudades o hacia los Estados Unidos llegó a alcanzar proporciones tales que constituía "un serio problema económico";[195] siendo así que tradicionalmente afectaba los caseríos, por primera vez

[189] *Excelsior*, 23 de octubre de 1927: El maíz se vendía a 11 centavos el kilo, cuando un jornalero no ganaba en 1930 más que 76 centavos. Cf. R. Fernández y Fernández: *Evolución económica del jornalero del campo*, en *Crisol*, enero de 1931.

[190] Eduardo Llate, *Proyecto de ley del gobernador A. Araujo*, Querétaro, 1928, 16 p.

[191] *Las Noticias*, 19 de abril de 1929.

[192] Zacatecas: censos 1923-24, 1930, 1940 y Dirección de Economía Rural, 1940. 27 000 toneladas de maíz en 1929, y 863 toneladas de frijol (76 000 y 4 400, en 1940, cuando las medias nacionales son las de 1926; es decir, una caída de los 2/3 y de los 3/4).

[193] La crisis de coyuntura general que padecía el país desde fines de 1925. Cf. tomo II, pp. 179 y 365.

[194] *Excelsior*, 5 de octubre de 1927.

[195] *Idem*, 4 de diciembre de 1927.

en la historia de México, comenzó a hacer estragos en pueblos y poblados. "Hemos visto que algunos días no han bastado los camiones y automóviles que corren de aquí a León y a Atotonilco el Alto para transportar a los pasajeros que salen. Con respecto a los campesinos, se está viendo que tan luego como terminan de levantar su cosecha, la que les compran los acaparadores a muy bajo precio, se van para otras partes, sobre todo para Estados Unidos." [196] Del período 1926-29 data el primer crecimiento urbano brutal de las capitales de provincia como Guadalajara o León, de las que muchos refugiados no salieron ya; el éxodo en el interior del país afectó a unas 200 000 personas, cuando menos, y otras tantas franquearon la frontera norteamericana:

1922	18 000	
1923	62 700	rebelión de de la Huerta
1924	87 648	rebelión de de la Huerta
1925	32 378	
1926	42 600	
1927	66 700	
1928	57 700	
1929	38 900	(enero a agosto) [197]

De 1925 a 1929, entraron en los Estados Unidos 250 000 mexicanos (el 16% de todos los inmigrantes), empujados por la guerra y la crisis económica. De esta época datan las grandes colonias, fundadas una primera vez entre 1914 y 1924, pero definitivamente consolidadas ahora, de Chicago y Los Ángeles, y la mexicanización de California, donde se pueden encontrar por calles enteras, en Mexicali y Tijuana, a los viejos fugitivos de San Gabriel, Tolimán, Tuxcacuesco y otros lugares del sur de Jalisco y de Colima, rodeados de sus numerosos descendientes.

Miseria y huida del pueblo, ruina y quiebra de los grandes agricultores: la Cámara Nacional de Jalisco pidió

[196] *Idem.*

[197] Joan W. Moore: *Mexican americans, problems and prospects special report,* Institute for Research on Poverty, The Institute of Wisconsin, Madison, Wisc., y Leo Grebler, Philip M. Nreman, Ronald Wyse. *Mexican inmigration to the US advance report,* 2 de enero de 1965, p. 106 del *Mexican american study project,* Graduate School of Business Administration, University of California, Los Angeles. Estas cifras no contabilizaban más que los ingresos "oficiales".

a los bancos, en enero de 1929, que suspendieran el pago de vencimientos, en vista de que "han tenido que abandonar sus fincas de campo y por lo mismo no han podido atender su giro, el cual ha entrado en trastorno grave con motivo de la revuelta. No sólo no han podido hacer sus siembras, sino que hasta tienen dificultades para sacar al mercado los pocos productos que están obteniendo".[198] La paralización de sus actividades, las destrucciones, las requisas de sus bienes acababan de arruinar las haciendas, muchas de ellas seriamente quebrantadas por la revolución y mal restauradas a causa de las incertidumbres agrarias. Fue verosímilmente[199] la ruina de la hacienda, precipitada por aquella guerra, la que, conjugando sus efectos con los de la crisis mundial de 1929 (imposibilidad de fundar el desarrollo nacional sobre las exportaciones agrícolas), obligó a Calles y a Cárdenas a reorganizar la agricultura nacional sobre bases nuevas: la Reforma Agraria, que comenzó realmente en 1933-34, tendía a hacer del ejido (e incluso del ejido colectivo) la célula de base de la producción agrícola, y para ello no tuvo que destruir fuertes y florecientes haciendas. Éstas no se recobraron jamás tras de la guerra cristera, que asoló el Bajío y el oeste, relativamente indemnes entre 1910 y 1920. En esta hipótesis, de una guerra que sería uno de los factores decisivos de la reforma agraria cardenista, las distribuciones masivas de tierra no tuvieron por finalidad destruir la hacienda sino impedir su reconstitución.

La guerra, finalmente, modificó el paisaje y la repartición geográfica de la población. El gran desgarramiento de 1926-29, con su cortejo de reconcentraciones, saqueos, incendios, dejó rastros definitivos. Si la red de los pueblos resistió, relativamente, la de los caseríos reventó. Aquellas rancherías que tanto habían sufrido con el bandidismo revolucionario, arruinadas e incendiadas por segunda vez no volvieron a ser reconstruidas, y fueron borradas del mapa. La muerte de las aldeas y el hinchamiento de los pueblos es comprobable en el interior de cada municipio. Los mismos pueblos estuvieron con frecuencia a dos pasos del aniquilamiento y algunos no escaparon a la deserción total. Allí donde los propietarios y los comerciantes lo

[198] *Excelsior*, 26 de enero de 1929.
[199] No es más que una hipótesis.

perdieron todo y se marcharon la vida económica no renació; los Corcuera, los Negrete, los López Portillo viven en Guadalajara y en México, y San Gabriel, en 1930, no era ya más que la sombra de sí mismo. Ejutla, impresionante por el número de sus iglesias, conventos y colegios, no se repuso jamás de la reconcentración.

La guerra costó decenas de miles de muertos al país: su costo global no ha sido calculado, pero sólo para Los Altos de Jalisco, en 1929, los servicios del fisco y de la Secretaría de Economía estimaban que las pérdidas eran de alrededor de 10 000 000 de pesos y de 4 000 combatientes cristeros.[200]

[200] Francisco Medina de la Torre, *San Miguel el Alto*, Guadalajara, 1935, p. 150: "En la prensa de México se publicó, con fecha de 17 de julio de 1929, una nota diciendo que en el Departamento de Contraloría y en el Ministerio de Hacienda se estima que la rebelión de la región jalisciense de Los Altos importó al gobierno no menos de 10 millones de pesos y alrededor de 4 000 vidas."

EJEMPLO DE IMPACTO DEMOGRÁFICO: COMPOSTELA (NAYARIT)

	Municipio	*Pueblo*	
1910	14 256	2 672	
1921	14 433	7 196	(resultado de la inseguridad)
1930	11 156	2 626	(en 1929, evaluado en 7 000)

	Nacimientos	*Fallecimientos*	
1925	180	244	(hay omisiones de registro de nacimientos)
1926	178	248	
1927	76	233	
1928	63	255	
1929	374	215	(en 1929, los nacimientos son registros diferidos y además nuevo incremento de natalidad)
1930	312	146	

(FUENTE: registros civiles.)

4

CULTURA, RELIGIÓN, IDEOLOGÍA

1] EDUCACIÓN Y CULTURA

Según los cuestionarios, cerca del 60% de los cristeros no habían ido jamás a la escuela, lo cual no significa forzosamente que fueran analfabetos, tantos son los casos que conocemos de hombres que aprendieron solos a leer y a escribir. Los archivos de los combatientes plantean por lo demás todo el problema: una gran parte está constituida por documentos que sería preciso poder reproducir en facsímil para que la demostración fuera efectiva. Su texto es a la primera lectura incomprensible para el docto; después, leído en voz alta, adquiere formas y nos encontramos entonces en presencia de una transcripción fonética de un mensaje que respeta todas las formas de la burocracia mejor ordenada del mundo, con referencias, disposición en serie de los problemas y fórmulas invariables de comienzo y de saludo final. Su lenguaje suele ser hermoso y la construcción tan correcta como el empleo de los tiempos con una tendencia pronunciada al subjuntivo.

Si la escritura es con frecuencia torpe y disyunta, la elocución es notablemente suelta, y no se puede decir que la masa mayoritariamente dominada por el analfabetismo se halle en "las tinieblas de la ignorancia". El jefe iletrado que dispone de un secretario demuestra una notable cultura en la que florecen las reminiscencias más antiguas, venidas de la Edad Media y del Renacimiento. Las conversaciones registradas en cinta magnética nos enseñan también que "la estupidez del campo" es más un engaño que una realidad, y que esas gentes saben expresarse notablemente en cuanto a todo aquello que les importa.

Esta cultura es fundamentalmente oral, desde el catecismo del padre Ripalda, redactado en forma dialogada y recitado a coro por numerosas generaciones infantiles, hasta las representaciones teatrales profanas y sagradas que se

dan en el atrio de las iglesias. Todo pasa por los ojos, los oídos y la boca, y es prodigioso el vocabulario de estos hombres de quienes se dice que son silenciosos y que se divierten a fuerza de "sentencias, agudezas, refranes, astucias, chistes y estratagemas sutiles e ingeniosos que causan asombro y admiración". [1]

Basándose en documentos y testimonios orales, he aquí las palabras que se encuentran, palabras sabias, abstractas o preciosas: Abismo, abominación, abuso, adoración, adversidad, aflicción, alfa y omega, alma, amante, anatema, anticristo, apocalipsis, apostolado, apóstrofo, arca de la alianza, átomo, atributos (de Dios), aurora, advenimiento (primero y segundo), axiomas, Babilonia, beatitud, belleza, beneficio, bien (espiritual y temporal), bienaventurado. Cábala, cadena, caída, Caín, cáliz (apurado), calumnia, calvario, campo, Caná (bodas de), cántico, carácter, caridad, carnal, carne, caso (de conciencia), castidad, castigo, casuista, canción, ceguera, censura, céntuplo, cielo, cilicio, cima, ciudad, ciudadano, cólera, comodidad, compañía, comunicación, comunidad, comunión, concupiscencia, condición, confianza, conformar, consagración, consejo, consolación, constancia, contemplación, contrato, contrición, corazón, cumplimiento. La lista sería larga: citemos al azar: esbirros, corcel (en lugar de caballo), quimera, tierno, trascendencia, César, esencia, tirano, sello, joyel, saciedad, zarza ardiente, encanto, error, pobreza, amable, felicidad, mímica, eternidad, secreto, redil, seno, maligno, necesidad, disfrazar, esclavitud... Una tabla de las referencias bíblicas, históricas y geográficas, no sería menos sorprendente, y se llegaría no ya a esbozar tan sólo sino a demostrar la vida fuertemente enraizada de una cultura popular asentada sobre la Biblia, la tradición oral cristiana, los libros de caballerías y la poesía cortesana. Clodoveo, Genoveva de Brabante y Juana de Arco son personajes familiares, así como Carlomagno y los Doce Pares de Francia, o Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno. La lectura en voz alta hecha por el que sabía leer (cuando se trata de la Biblia se la lee de pie, por respeto a las Sagradas Escrituras) o la representación teatral, constituyen los vehículos de este saber. Todavía en 1970, en Chalma, en el atrio del santuario, se podía ver y oír a una compañía de Tenango del Valle representar ese *Carlos Magno y los*

[1] Doña Teré de García, 1969, en Xalpatlahuac (Guerrero).

doce pares de Francia, que había arrullado la infancia de Ezequiel Mendoza, y en el que éste leía la prefiguración de la Cristiada. [2]

Actores, danzantes y músicos eran aficionados para quienes aquel arte no era un medio de ganar dinero, ya que, por el contrario, trabajaban para tener tiempo de consagrarse a él. La memoria de estos aficionados y la de sus oyentes es tan notable como la belleza de su lengua, llena a menudo de arcaísmos:

Subí a la torre del moro
con gran gusto y alegría
y allí compré un tesoro
que de este modo decía:
era el nombre de María
escrito con letras de oro.

No es éste el lugar oportuno para que hablemos de la poesía popular y de sus tesoros; digamos simplemente que el campesino no está desprovisto ni de vocabulario ni de conceptos, y que su inferioridad cultural no es, en un momento histórico determinado, tan evidente. Su complejo de inferioridad frente a los habitantes de la ciudad va acompañado también de una tranquila conciencia de cierta superioridad. Oigamos a Ezequiel Mendoza dar algunas "advertencias y consejos de diversos sabios: Un pavo un espejo halló, / y por ver su gallardía, / acercóse a una bujía / y la cola se quemó. // Cierto mono que escuchó / sus lamentos de amargura, / viendo su triste figura, / le dijo con mucho gusto: / Siempre halla castigo justo / la vanidosa locura." O: "Cierto goloso ladrón / del venenoso aguijón / tuvo que sufrir la pena; / ahora dice la miel es muy buena / es un bocado exquisito / pero por el aguijón maldito / no volveré al colmenar / porque esto sí que es encontrar / la pena tras el delito." * Y

[2] Representación registrada por Serge Rotterman, que me ha dado una copia (Jean Meyer/Ezequiel Mendoza, 1968).

* La primera es una fábula del mexicano José Rosas Moreno (1838-1883), que Ezequiel Mendoza recita puntualmente; en cambio, la memoria le falla en la segunda —fábula también—, del español Félix María Samaniego (1745-1801), cuyo verdadero texto es el siguiente: "Por catar una colmena / cierto goloso ladrón / del venenoso aguijón / tuvo que sufrir la pena. / 'La miel, dice, está muy buena: / es un bocado exquisito: / por el aguijón maldito / no volveré al colmenar.' / ¡Lo

Aurelio Acevedo afirma esta conciencia de ser: "Me siento orgulloso de ser ranchero, porque éste es siempre exento de politiquerías, triquiñuelas y bajezas de los ciudadanos. El modo de ser ranchero es ajeno a la hipocresía y al doblez de la política de las ciudades." [3]

Estos hombres, poseedores de un lenguaje particular, expresión de una cultura vinculada a una mentalidad, son sensibles al verbo. [4] "Vosotros, valientes sin tacha, siempre pensad que vais en camino del Calvario; pensad que vais al martirio cumbre donde se entra al Cielo de la Paz y eterno regocijo. Todo redentor debe ser crucificado para fin de que triunfe y sea glorificado. No olvidéis que esta lección es más clara que el sol que nos alumbra: ¡recordad a Jesús!", dice Aurelio Acevedo a los soldados del Ejército de Liberación. [5]

Tienen al mismo tiempo conciencia de la historia, en la cual participan combatiendo y muriendo: cuarenta años después, quieren "que las cosas se escriban como fueron. Sólo platico lo que vi", dice Francisco Campos, como un Bernal Díaz del Castillo redivivo, con una memoria asombrosa, una ordenación y una conciencia de esta ordenación que es reflexión y búsqueda del sentido de la historia. [6]

2] LA VIDA RELIGIOSA EN LA GUERRA

Ni la prisión ni el exilio del clero impidieron jamás el ejercicio del culto, al menos simplificado. Coexistiendo con los sacerdotes ocultos a la cabecera de los moribundos y las misas clandestinas, allí donde mandaba el gobierno, había también manifestaciones especialmente solemnes y concurridas: durante tres años, el santuario de la Virgen de Guadalupe, en la capital, y los templos en todo el país,

que tiene el encontrar / la pena tras el delito!" Estas fábulas solían figurar, como ejercicio de lectura, en los manuales de gramática, y en la época en que los cristeros fueron niños todavía las aprendían los muchachos de memoria. [T.]

[3] Jean Meyer/Acevedo.

[4] Cf. testimonio del norteamericano E. J. Bumsted, *Excelsior*, 23 de octubre de 1928.

[5] Texto completo en AAA.

[6] Francisco Campos.

estuvieron siempre llenos. La afluencia masiva de los fieles en la última semana de cultos, en julio de 1926, no cesó y, en ausencia del clero, los seglares mantuvieron una presencia constante. Cosa notable, las peregrinaciones anuales a la Guadalupana reunían tanta gente para la fiesta de Cristo Rey como para la de la Aparición. Celebrada en todo México, la solemnidad de Cristo Rey, a pesar de todas las dificultades suscitadas por la policía, reunía en la capital a 200 000 personas que no cesaban de desfilar durante todo el día, pidiendo "a Nuestra Señora y Madre que el reinado de Cristo se establezca en nuestra patria", [7] y gritando: "¡Viva Cristo Rey, Viva la Virgen Morena, Viva el Papa, Viva el arzobispo y el clero mexicano!"

Durante tres años, con ocasión de las fiestas, "la afluencia de católicos fue mucho mayor que en años anteriores", [8] y todo el mundo pudo reconocer el sentido político de estas manifestaciones: "El pueblo ha querido mostrar al gobierno su fe... la procesión sin curas, sin santos, sin obispos, sin cirios, era sencillamente formidable. Era la marcha de un pueblo." [9] De las seis de la mañana a las seis de la tarde desfilaban sin cesar las delegaciones de todas las ciudades y pueblos del país, cada una detrás de su cartel. En toda la basílica había inscripciones proclamando "¡Viva Cristo Rey!" Mientras las fuerzas del orden vigilaban en el exterior, los seglares aseguraban la vigilancia en el interior; [10] "la peregrinación tenía algo de movilización... la inmensa multitud gritaba Viva Cristo Rey... el grito de los rebeldes católicos." [11]

El entierro del P. Pro, fusilado el 23 de noviembre de 1927, y el de Toral, el 10 de febrero de 1929, dieron ocasión a manifestaciones de masas incontrolables, a escenas tumultuarias, seguidas de numerosas detenciones. La vida cotidiana estaba llena de pequeñas rebeliones duramente castigadas por el gobierno: se necesitaba un permiso especial de las autoridades militares para vestir de luto, lo

[7] (30 de octubre de 1927.) *Noticias de la Provincia de México*, El Paso, núm. 36, diciembre de 1927. Confirmado en *Excelsior*, 31 de octubre de 1927.

[8] *Excelsior*, 13 de diciembre de 1927, 29 de octubre de 1928: 200 000 personas a la Guadalupana.

[9] Marco Appelius, *El águila de Chapultepec*, Barcelona, 1928, 428 p., p. 263.

[10] *Excelsior*, 13 de octubre de 1927, después de atentado con bomba fallido.

[11] Marco Appelius, *op. cit.*, p. 265.

cual se había convertido en el símbolo de la protesta muda. Crespones, inscripciones, ropas se hallaban bajo la jurisdicción de la ley, que no se atrevía sin embargo a proceder contra la multitud: "También hoy la política laica y anticlerical... se detiene a las puertas de la Basílica... Letreros que en cualquier otro punto de la República son considerados abiertamente revolucionarios y suenan a rebelión... ostentan en el interior de la Basílica su grito de revuelta, sin que ningún polizonte se arriesgue a arrancarlos: '¡Viva el Papa! ¡Viva México católico! ¡Viva Cristo Rey!' "[12]

Entre los cristeros se encontraba el mismo entusiasmo en "mantener organizadas y fervorosas las Asociaciones piadosas, en catequizar a los niños... promover los actos del culto divino... celebrar con solemnidad inusitada las grandes fiestas litúrgicas como las de Corpus Christi... en que los fieles recibían la sagrada comunión hasta en número de mil". [13] En las zonas controladas por los cristeros, como la región de Valparaíso o la de Coalcomán, el clero trabajaba sin impedimentos; en otros lugares, la UP, y las demás organizaciones civiles se encargaban de organizar la vida sacramental y religiosa, escondiendo a los sacerdotes, protegiendo las misas clandestinas, manteniendo las escuelas religiosas en domicilios privados o en cuevas y barrancas. La UP organizaba incluso penitencias públicas para obtener la reanudación del culto: así, tres domingos seguidos, en Lagos, la multitud, de rodillas y coronada de espinas, subió, cantando, la colina del Calvario, y a pesar de la intervención del gobierno el tercer domingo acudió la multitud en mayor número todavía. [14] En cada casa había un altar del Sagrado Corazón, y de noche se reunían en la iglesia para rezar el Rosario.

Era frecuente que no hubiese ya sacerdote, y entonces un seglar tomaba la dirección de la vida religiosa, como Cecilio E. Valtierra, en Jalpa de Cánovas, el cual todas las mañanas leía el oficio en la iglesia, en presencia de los fieles, y todas las tardes llevaba el Rosario. Estas "misas blancas" iban acompañadas de otras innovaciones, bajo la presión de las circunstancias y con la autorización del clero.

[12] *Idem*, pp. 241-2.

[13] México, 10 de septiembre de 1929, Ignacio, obispo de Zacatecas, al señor cura don Pedro Correa (Huejuquilla el Alto), AAA. Véanse fotos.

[14] Testimonio de Mónica Martínez, registrado por el P. N. Valdés.

Cecilio E. Valtierra fue encargado por el P. González de bautizar y hasta de casar, a condición de que los padres del niño y los esposos se comprometieran a regularizar el sacramento más tarde, después de la guerra. Finalmente, recibió el permiso de guardar en depósito especies consagradas para administrarse a los enfermos y a las personas en peligro de muerte.[15]

La misa era, cosa normal, el acontecimiento esencial, ya que la eucaristía daba todo su sentido a la resistencia como a la vida: misa diaria, misa de acción de gracias al día siguiente de una victoria, por ejemplo,[16] misa por el descanso del alma de los difuntos,[17] misa solemne de tropa a la cual asistía toda la población y en la que los soldados rendían honores al Santísimo Sacramento, solemnidades extraordinarias de la Semana Santa vivida con un nuevo fervor, en la experiencia de la Pasión, grandes fiestas eucarísticas y cristológicas, la más grande de las cuales era la de Cristo Rey.

En los campamentos cristeros, cuando esto era posible, el Santísimo Sacramento estaba expuesto, y los soldados, por grupos de quince o veinte, practicaban la adoración perpetua. La comunión frecuente era la regla: los que tenían la suerte de disponer de un sacerdote lo aprovechaban; los demás, con mayor razón, recibían "el pan de los ángeles", cuando se presentaba la ocasión. Combatientes y civiles acudían de lejos para asistir a la misa, que siempre era un momento peligroso, ya que el gobierno intentaba aprovecharlo para sorprender a la multitud recogida, en la cual se mezclaban mujeres, niños y soldados. Los sacerdotes que permanecían con los cristeros se pasaban el tiempo confesando, bautizando, casando, organizando ejercicios espirituales y haciendo misiones en las que se agolpaban, codo con codo, agraristas y cristeros. En la cuaresma,

[15] Cecilio E. Valtierra, *Memorias de mi actuación en el movimiento cristero en Jalpa de Cánovas, Guanajuato*. El Episcopado había dado estas directivas con facilidad, ya que todo cristiano puede y debe en determinados casos bautizar y que el sacramento del matrimonio es el único que los interesados pueden administrarse por sí mismos. En todos los lugares donde no había sacerdote, hubo un Cecilio Valtierra.

[16] En septiembre de 1927, después de la toma de Juchitlán; en marzo y abril de 1929, y en junio y julio del mismo año.

[17] Marzo de 1928, por P. Castañón; solicitada el 16 de octubre de 1928 por el general Ávila para sus difuntos (AAA). Sabino Salas exigió una misa de tropa el día de su alzamiento para solemnizarlo.

los ejercicios del Vía Crucis se seguían con una devoción acrecentada: todos, descalzos, rezaban una decena del Rosario en cada estación, cantando entre las estaciones himnos de penitencia.[18]

El acto religioso así deseado y vivido despertaba una emoción intensa: "El día de Todos los Santos, fui a Coalcomán... ¡qué de oraciones y plegarias se oían allí todas dirigidas a Dios y a la Virgen pura, a todos los santos y santas del cielo! ¡Qué de darles gracias por los favores recibidos¡ !Qué de pedirles nuevas gracias y favores para nosotros, pobres y miserables pecadores! ¡Qué alumbrado está el altar, palacio especial del Rey de Reyes de Jesús Sacramento para nuestro bien temporal y eterno! Allí muchas comuniones sacramentales y espirituales y después cantando decían las gentes: ¡Oh, Jesús, qué dulce calma cuando estoy dentro de ti, cuando estás dentro de mí, eres vida de mi alma! Gracias te damos, Señor, por la vida y sustento que nos habéis concedido en esta hora, no porque la merecimos sino por tu misericordia!... La explicación que nos dio el señor cura nos hizo llorar de júbilo. Nos dio las gracias y su bendición, y signándonos y santiguándonos salimos a la plaza muy contentos. El pueblo conmovido por la fiesta... todo era júbilo, alegría..." Después, los cristeros desfilaron a los compases del himno nacional, y dieron la vuelta a la plaza. Al pasar delante de la iglesia, se descubrieron y presentaron armas.[19]

Los cánticos y el Rosario acompañaban todos los instantes de la vida, en la marcha o en el campamento. Los cristeros oraban y cantaban a altas horas de la noche, rezando colectivamente el Rosario, de rodillas, y cantando los laudes a la Virgen o a Cristo, entre las decenas.[20] Aurelio Acevedo contaba que la única vez que su tropa fue sorprendida por la federación, por haber confiado en el otro grupo cristero, en lugar de disponer sus propios centinelas, expuso su sospecha de que no habían rezado el Rosario, y como uno de los soldados protestara Acevedo le replicó: "Con razón no pereció ninguno, todos salieron; pero lo cierto es que si no hubieran rezado el Rosario en lugar de perder las monturas hubieran perdido la vida. —Sí, mi

[18] Testimonios de todas las regiones.
[19] Jean Meyer/Ezequiel Mendoza, 1969.
[20] Testimonios de todos.

coronel —respondió Margarito—; pero eso no nos sucede, si nos matan es porque Cristo Rey ya nos quiere llevar con él, pero no porque dejemos de rezar el Rosario, eso no, mi coronel."

Al final del Rosario, los cristeros de Jalisco añadían esta oración compuesta por Anacleto González Flores: "¡Jesús misericordioso! Mis pecados son más que las gotas de sangre que derramaste por mí. No merezco pertenecer al ejército que defiende los derechos de tu Iglesia y que lucha por ti. Quisiera nunca haber pecado para que mi vida fuera una ofrenda agradable a tus ojos. Lávame de mis iniquidades y límpiame de mis pecados. Por su santa Cruz, por mi Madre Santísima de Guadalupe, perdóname, no he sabido hacer penitencia de mis pecados; por eso quiero recibir la muerte como un castigo merecido por ellos. No quiero pelear, ni vivir ni morir, sino por ti y por tu Iglesia. ¡Madre Santa de Guadalupe!, acompaña en su agonía a este pobre pecador. Concédeme que mi último grito en la tierra y mi primer cántico en el cielo sea: '¡Viva Cristo Rey!" [21]

La religión impregnaba toda la vida del pueblo y de los combatientes, que pedían la bendición antes de partir para la guerra, a los que sus jefes invitaban, antes de entablar el combate, a la verdadera contrición, que no se separaban de sus escapularios, que combatían cantando salmos y gritando: "¡Viva Cristo Rey! ¡Viva la Virgen de Guadalupe!" [22]

No podía ser de otro modo en aquel ejército consagrado por sus jefes a Cristo Rey; [23] el apodo federal: "los Cristos

[21] Citado por el P. H. Navarrete, en sus *Memorias*, p. 153. El gobierno daba una gran importancia al Rosario: el panadero de Valle de Guadalupe fue ahorcado por rezarlo, así como el catequista de San Miguel el Alto. Cf. testigo Jesús Herrera y *Efemérides de San Miguel el Alto*.

[22] La piedad de Elías Vergara, jefe de Zitácuaro, que se negó a combatir un jueves santo, causó la derrota de su tropa. Los cristeros de Telésforo Plascencia (Tuxpan, Tamazula, Santa María) cantaban: "Vamos, valientes cruzados / Vamos, vamos a luchar / Vámonos con Cristo Rey / Su Reinado a conquistar. / Ésta es la mejor batalla / Cual mejor nunca se ha visto / Abracemos la bandera / Del ejército de Cristo. / El cielo va por delante / Siempre sale vencedor / Sigamos pues sus banderas / Soldados del Salvador", en Spectator, *op. cit.*, t. I, p. 209.

[23] Texto del juramento prestado por los cristeros de Colima, en Spectator, *op. cit.*, t. I, p. 152; los de Durango, del sur de Jalisco

Reyes, los cristeros", con que quedaron bautizados para la posteridad, subraya lo esencial: el Cristo vivido en la Trinidad, accesible en sus sacramentos. México fue el primero que celebró el Cristo Rey: en 1914, "en estos momentos de suprema angustia nacional", los obispos mexicanos pidieron a Roma que se proclamara el Reinado de Cristo sobre el país,[24] y el 11 de enero las multitudes católicas gritaron por primera vez: "¡Viva Cristo Rey!" Antes de que hicieran la petición los prelados mexicanos, ningún Estado, con excepción de la Florencia de Savonarola, había sido colocado bajo tal protección. Pío XI instauró en 1925, la fiesta de Cristo Rey, para responder a la corriente precipitada por México, y que, en el caso que nos interesa, debe tomarse estrictamente en el sentido escatológico: "que venga tu Reino."

La historia de la propagación a la devoción a Cristo Rey no se ha hecho aún, pero puede afirmarse que fue muy rápida, mezclándose al culto del Sagrado Corazón antes de suplantarlo.[25] El lugar de la Virgen de Guadalupe corresponde a la devoción profunda que el pueblo mexicano le ha profesado siempre; pero si bien ella estuvo siempre mezclada a su vida y a su historia, jamás Cristo, sobre todo bajo la forma de Rey de Reyes, había adquirido tal importancia en la vida y la muerte de los mexicanos.[26]

3] IDEOLOGÍA Y TEOLOGÍA

El tema del Reinado de Cristo se encuentra en la encrucijada de las ideologías, de la fe y de las mentalidades;

y de Michoacán hacían un juramento semejante con pocas palabras de diferencia.

[24] 6 de enero de 1914.

[25] Algunos hitos cronológicos: 1906, pastoral sobre la devoción al Sagrado Corazón, del arzobispo Zubiría y M.; 1914, proclamación de Cristo Rey de México; 1921, primera pastoral de Mons. Lara y Torres; 1921, Mons. Valverde Téllez funda la Asociación Nacional de los Vasallos de Cristo Rey; 1923, primera piedra del monumento a Cristo Rey del Cubilete (*Cánticos sagrados y devocionario para uso de los miembros de la unión de peregrinos de a pie al Tepeyac de la diócesis Querétaro*, Querétaro, 1959).

[26] Hay mucha exageración y error en los análisis consagrados al fenómeno del "guadalupanismo" cuando se quiere ver en él únicamente

está ahí para recordarnos que nos hallamos en una comarca pobre en historia cívica, ya que todo ocurre al nivel de las élites, y de formación casi enteramente cristiana. No tiene otros monumentos notables que las iglesias, los conventos, los palacios de los obispos, lo cual prueba su confiscación y transformación en cuarteles, depósitos, palacios de gobierno. La toponimia es casi enteramente religiosa, y los campesinos tienen motivos para decir que "México fue hijo de cura".[27] En una vida de trabajos, de terrores y de dolor, la Cruz pareció siempre un misterio razonable, honrada y reverenciada por lo mismo que es el signo de la Realeza de Cristo. Esta Realeza se cita en el tercer misterio doloroso: la coronación de espinas. La corona de espinas es el signo que marca a los elegidos de Dios: para ellos el Reino del que nadie ha perdido la esperanza y del que los campesinos hablan, sin que nos permitan ver en ello una manifestación milenarista, ya que no existe confusión entre los dos reinos, el de este mundo, confiado por el momento al príncipe del mal, y la Jerusalem celestial, promesa de salvación. Los políticos ignoran esta espera, esta certidumbre, los clérigos la temen, los cristeros la viven. Sería demasiado difícil y nada provechoso tener en cuenta la ideología como sistema de pensamiento más o menos elaborado, y la mentalidad como complejo más emocional que racional; procediendo de manera minuciosa y temática a la vez podría escaparse a una visión racionalista de la conducta humana.

a] *Conceptos que tienen los cristeros del gobierno*

Al gobierno se lo reprobaba unánimemente por ser de manera fundamental malo. Los cuestionarios y las entrevistas dan de él tan sólo una imagen negativa: perseguidor, por lo tanto diabólico; perseguidor por ser protestante y masón; protestante y masón por ser traidor y vendido a los Estados Unidos; ladrón y criminal, tiene todos los defectos. César, a quien se debe obediencia (todos están

un caso de resurgencia precolombiana o de nacionalismo (los mariólogos conocen no pocas otras vírgenes negras, madres de no pocas nacionalidades). Un psicoanálisis del mexicano a través del culto mariano no debería pasar por alto el culto a Cristo Rey.

[27] Jean Meyer/Acevedo.

de acuerdo sobre esto y citan como ejemplos de buenos Césares a Porfirio Díaz, Lázaro Cárdenas, Manuel Ávila Camacho), se ha convertido en el Anticristo, el diablo y todos los "endiablados callistas, masones y protestantes malos, que sólo buscan las comodidades del cuerpo y la satisfacción de sus caprichos en este mundo engañador y no creen que los espera un infierno de tormentos eternos, pobres murciélagos que se creen aves y son ratones".[28]

La lista de los calificativos atribuidos al gobierno es larga: simplemente "malo gobierno, desgobierno", "un enemigo de la religión", "el enemigo", "matón", "un ser inconsciente", "nuestra ruina", "tirano del pueblo", "al servicio del tirano Calles", "injusto", y finalmente "rebelde a Dios y a la patria mexicana".

b] *Conceptos que tienen los cristeros del ejército*

El ejército provoca reacciones aún más violentas, y los juicios no son nunca lo bastante duros; citemos al azar: "Eran malos porque quitaban el culto de la Iglesia, masón, fuerte, tirano, enemigo al servicio de Satanás, unos diablos en carne, esbirros, cobardes, matones y bandidos, una bola de asesinos y cobardes, peleaban por sueldo, los jefes malvados y la tropa acostumbrada a matar, maltrataba al pacífico pues nos quitaba hasta la cobija, enemigo de Dios, traidor a la patria." Raros son los que conceden que "había buenos y malos", o que "algunos jefes eran caballerescos, el soldado no era más que masa servil". Hay uno que piensa incluso que "la mayoría es buena pero los jefes son malos". El mayor número denuncia al ejército como "traidor, no cumplió con su deber, indisciplinado y correlón, enemigo de la Iglesia". Algunos no responden siquiera, para decir: "con la ayuda de Dios tendríamos el triunfo", y que querían "acabarlo".

c] *Conceptos que tienen los cristeros de la reforma agraria*

Las opiniones se hallan divididas en cuanto a que algunos precisan que la reforma agraria es buena en sí e indispensable; pero todos cuantos la conocieron en aquella

[28] Jean Meyer/Ezequiel Mendoza. 1968.

época, en su región, están de acuerdo en condenarla en la práctica: "mala, injusta, nociva, la opresión, mal hecha, no sirve así, un engaño, nuestra ruina [el que habla no tiene tierras]". "Sus principios son buenos, muy necesaria en favor del pobre, que yo mismo hubiera sido agrario si no la hubieran convertido en una cueva de ladrones, necesidad para el bien del pueblo pero mal llevada, mal intencionada, fomentó el odio, el gobierno utilizó a los agraristas como carne de cañón, los utilizaron como soldados y los ponían en primera fila y eran los primeros que morían."

De Zapata [29] 43 piensan que fue amigo del campesino, uno piensa que fue "un gran bandido"; 5 piensan que fue un gran jefe, 20 creen que hubiera sido cristero de haber vivido.

De Villa 45 responden afirmativamente a las tres preguntas (amigo del campesino, gran jefe, hubiera sido cristero), 13 opinan que en ningún caso habría sido cristero 5 lo califican de "gran bandido".

No deja de ser interesante saber que los antiguos cristeros no pasaron a ser sinarquistas, diez años más tarde, [30] y que manifiestan una gran aversión por este movimiento fascistizante y no violento, hispanista y católico, originado en las clases medias y seguido en masa por los rurales, entre 1937 y 1945. Aurelio Acevedo llega hasta decir, expresando así la opinión de la mayoría, que este movimiento fue "inventado con el propósito expreso de acabar con el espíritu cristero". [31]

Movimiento religioso, el movimiento cristero fue también patriótico; el asunto de las banderas no es sino una manifestación externa de esta característica, pero no es superficial, ya que el símbolo, el sentido figurativo revestía una importancia muy grande para estos hombres. Los cristeros estaban profundamente escandalizados por el escaso

[29] Una minoría ha respondido a las preguntas sobre Villa y Zapata, 63 sobre Villa y 44 sobre Zapata, el cual es decididamente menos conocido. Muchos escriben: "No conozco sus hechos", "Nada pues no lo conocí", "No puedo dar mi opinión."

[30] Menos del 1% de los que han respondido al cuestionario, en tanto que entre los agraristas el porcentaje se acerca al 10.

[31] Jean Meyer/Acevedo. Un solo jefe llegó a ser sinarquista, Manuel Frías, hombre diferente de los cristeros por su cultura, su oficio y su familia: familia acomodada, un hermano canónigo, el mismo ex seminarista, administrador de hacienda, pacífico y no violento.

número de banderas nacionales que había en las tropas de la federación; esto sin hablar de los agraristas, cuyas rojas banderolas les parecían "puras banderitas de carniceros",[32] y hablan con indignación de la traición de un ejército que abandonaba la bandera tricolor por la bandera roja, por la bandera negra, por la bandera roja y negra u otras enseñas todas para ellos escandalosas y hasta a veces diabólicas. Así Ezequiel Mendoza o Josefina Arellano interpretan una bandera enarbolada con frecuencia por los regimientos de caballería, color de tierra sobre la que destacaban unas tibias cruzadas y una escoba, como la decisión de barrer de México la religión cristiana.[33] Ahora bien, los cristeros enarbolaban el más antiguo estandarte nacional, la bandera tricolor de la independencia, verde, blanca y roja, llevando en su centro la imagen de la Virgen de Guadalupe por un lado, y el águila sobre el nopal devorando la serpiente por el otro. La Virgen de Guadalupe brillaba en los estandartes de Hidalgo y de Morelos, Morelos que defendía a México y la religión contra el hereje extranjero (franco-español), que quería destruir la verdadera fe. Para los cristeros, que se consideraban herederos de Morelos, el "turco" Calles, vendido a la masonería internacional, representaba al extranjero yanki y protestante, deseoso de terminar su obra destructora (la anexión de 1848 es conocida de todos, y la situación de subhombres de los "chicanos" de Texas y de Nuevo México ha sido vivida por los "braceros", migrantes temporales en los Estados Unidos), descatolizando el país. La Virgen de Guadalupe y su siervo Morelos, héroe nacional de los cristeros, simbolizan la especificidad y los valores del grupo combatiente. Desde Morelos e Iturbide, no volvieron a adoptar otros héroes nacionales, y menos los propuestos por los liberales o los gobiernos revolucionarios; en la ciudad del hombre, exceptuando a los padres de la independencia, no reconocen más que a los obispos especialmente notables por su energía o su santidad. Y todavía se trata más de héroes regionales que nacionales. Ellos mismos se llaman, o son llamados por el pueblo que los apoya, los "Populares, los de la Unión, los libertadores, las Guardias Nacionales".

[32] La bandera roja sigue hoy sirviendo para señalar los puestos de carnicero.

[33] Tal bandera significaba que no se daría cuartel.

Azuela tiene razón al escribir "El honor... con el patriotismo y la religión integraba la personalidad del mexicano... los que han conocido al ranchero de Los Altos de Jalisco y del Bajío me comprenden.[34]

Es difícil admitir que los cristeros obraran en función de un conjunto de creencias bien articuladas, ya que esto sería tanto como volver a poner a discusión el dogma de la aceptación universal de la revolución por las masas populares; partidarios y enemigos de la política religiosa de la revolución han descuidado este análisis, bien sea atribuyendo a los cristeros su propia ideología, bien negándoles la posibilidad de tener su *Weltanschauung*.[35]

Al mismo tiempo, quienes tuvieron que ver concretamente con los cristeros, los militares, fueron sensibles a su "fanatismo", a su "desprecio del peligro y de la muerte", a su "fidelidad al juramento incluso bajo la tortura" a la fidelidad absoluta a su "Causa", que hicieron de ellos unos enemigos temibles y unos combatientes extraordinarios a los que Gorostieta admiraba con el ojo del especialista.[36]

Reconociendo la legitimidad de los poderes establecidos, ya que toda autoridad procede de Dios (hasta la del Anticristo, pues sin la voluntad de Dios "no se mueve ni la hoja del árbol"), el cristero estaba pronto a dar a César todo lo que le correspondía, a condición de que no le hiciera la guerra a Dios.[37] Pero el día en que César amenazó la salvación de los hombres, privándolos de los sacramentos, manifestó que había ocupado su lugar el Anticristo y que los tiempos horrendos previstos por Juan habían llegado; no le quedaba entonces al fiel más que combatir por Dios y por la salvación de su alma, en una guerra justa, ya que se debe obediencia ante todo a Dios: "¡Ay de los tiranos que persiguen a Cristo Rey, bestias rumanas de las que nos habla el Apocalipsis! Todos debemos tener muy presentes las bienaventuranzas de que nos

[34] M. Azuela, *Conferencias y ensayos. Luis C. Inclán*, en *Obras completas*, 1960, t. III, p. 592.

[35] Los ligueros afirmaban que los cristeros combatían a los "bolcheviques", y los revolucionarios los denunciaban como "guardias blancos", "Lumpenproletariat", dirigido por sus amos.

[36] Jean Meyer/general Cristóbal Rodríguez, general Miguel Aranda Díaz, general J. Álvarez, 1968, 1967, 1968.

[37] Resumimos las palabras de nuestros interlocutores, conservando su forma.

habla Nuestro Señor Jesucristo: pobreza de espíritu, lágrimas de contrición, justa mansedumbre, hambre y sed de justicia, misericordiosos, los de limpio corazón, los pacificadores, los buenos cuando son perseguidos por los malos, como nos aprietan los Calles ahora, dizque porque somos muy malos, que andamos tercos queriendo defender la honra y gloria de Aquel quien murió desnudo en la cruz más alta y en medio de dos ladrones, por ser Él el más malo de todos los humanos que no quiso someterse al supremo de la tierra. Es lo que dicen ellos, porque les falta un domingo y los redobles de tambor, pero nosotros se los daremos con ayuda de quien resucitó de los muertos el tercer día y que, porque nos ama, nos dejó por Madre su propia Madre." [38]

Las causas de la guerra eran evidentes: "Satanael, el demonio, provocó a los enemigos de la religión; la razón de la persecución es el odio de Satanás; su instrumento, la secta protestante y la fracmasonería. Se valieron del gobierno; han esperado todo un siglo la oportunidad de sacar la religión de México. Calles se le vio fácil destruir la religión y se comprometió a hacerlo en poco tiempo." [39] Estos temas apocalípticos no eran nuevos, ya que a ningún cristero le sorprendió la persecución; un siglo de conflictos entre la Iglesia y el Estado, conflictos cada vez más religiosos y cada vez menos visiblemente políticos, permitía al pueblo dar de los acontecimientos una lectura johánica. En la literatura popular, tan mal conocida, abundan las profecías que preparan los espíritus a la venida de la bestia, a la abominación de la desolación. [40]

Los signos precursores de este tiempo de prueba no habían faltado: mal gobierno, guerras civiles, tiempo inclemente. Los de Zacatecas hablan de unas lluvias como ja-

[38] Jean Meyer/Ezequiel Mendoza.

[39] Jean Meyer/canónigo Pérez, 1968.

[40] Varios cristeros de Pénjamo me han dicho haber sabido de siempre la venida de la persecución, la cual no los halló desprevenidos, a causa de las lecturas en voz alta (la mayoría no sabía leer) de una obra profética escrita por el párroco F. Socorro Martínez, compuesta a partir de 1856, publicada en 1889 y reeditada en 1947, en Pénjamo: *La ciencia moderna, o admirable descubrimiento en el siglo XIX*, 219 p. En esta obra, apasionante en muchos aspectos, la persecución demoniaca se anuncia como castigo de los pecados; los demonios deliberan y dicen: Cristo ha sido acusado de ser rebelde a César, acusemos a la Iglesia del mismo crimen.

más se vieron, en los comienzos de 1926: llovió sin tregua durante veinte días, era de noche en pleno día, el suelo se transformaba en lodo, las casas de adobe se hundían, y de las entrañas de la tierra subía un sordo fragor. Durante el mes de julio y la semana de la suspensión del culto hubo no pocos signos en el cielo.[41] El reino del demonio destructor se anunciaba por el caos, el pillaje, las matanzas, las epidemias, el hambre[42] y los atentados inauditos sobre las personas de los sacerdotes. La bomba en el santuario de la Virgen de Guadalupe y después el cisma fueron interpretados como los últimos signos anunciadores de la catástrofe.

Calles, visto como el *rex iniquus*, Calles el tirano de Daniel, de San Pablo, de San Juan, no podía sino ser combatido; porque "pienso que es mejor morir peleando por Cristo Rey, la Virgen de Guadalupe y por toda la familia de ellos, y no dar un solo paso en contra del único Dios verdadero, aunque se enoje el diablo".[43] La guerra era desde luego justa, y "en guerra justa es conveniente matar a los enemigos de Dios, porque si nosotros no los matamos a ellos, ellos sí nos matan a nosotros y además seríamos culpables si pudiendo evitar los males no lo hacemos; porque tanto peca el que mata la vaca como el que le alza la pata".[44] De tal modo, que los cristeros "andaban peleando la mejor de las peleas en este mundo engañador, los unos con las armas, los otros ayudando de mil modos a los defensores que dejándolo todo se aventuraban por sólo tres amores: su Dios, su patria, su hogar... Oían la voz de Dios a través de la conciencia, angustiada: en tu bautismo renunciaste a Satanás, al mundo y a sus pompas, defiéndeme de los que me acosan, azotándome y desgarrando con diabólico rencor a mi cuerpo místico, cumple con tu deber de hombre cristiano, de hombre libre a imagen y semejanza mía, no te vuelvas insípido, hoja seca despegada de mí que soy tu vida y tu todo; quiero que me des pruebas de amor yo te las di cuando nací en un pesebre, viví y morí en la cruz por ti y sólo por ti... ya te lo he dicho: no temáis a aquel que sólo mata al cuerpo, sino que

[41] Diario del P. A. Arroyo, AAA.

[42] La gripe española y el hambre (1917 fue llamado "el año del hambre") mataron más gente que todas las guerras civiles.

[43] Jean Meyer/Ezequiel Mendoza.

[44] *Idem*.

habéis de temer a aquel que mata al alma y la arroja juntamente con su cuerpo en el infierno." [45]

Conscientes de hacer la voluntad de Dios, los cristeros podían resistir a todos los descalabros militares, a todas las desdichas espirituales y hasta la más terrible de todas: los "arreglos" y el poco apoyo clerical. "No, muchachos, acuérdense que aquí pedimos a Dios lo que más nos conviniera y por eso no digamos desatinados ya ven que las cosas cambian de un momento a otro; la hoja del árbol no se mueve sin la gran voluntad de Dios, paciencia y resignación es lo mejor ahora: Uds. saben que el coronel Sifuentes era mi brazo derecho en todo, esta pérdida la siento al par de mi alma"; [46] decía a sus soldados el coronel Ezequiel Mendoza, a la muerte de uno de sus jefes. Y Pedro Quintanar decía a sus tropas: "Todo lo bueno que en vosotros hay es sólo de Dios y... todo lo malo que en vuestro regimiento hay es vuestro... A Dios hay que atribuir todo lo bueno y toda la gloria y todo triunfo, pues vosotros sois instrumentos viles."

Campesinos, trabajadores y cargados de familia, no querían la guerra: "¡Cuál tragedia! ¡Cuántas traiciones, cuántas incomprensiones! ¡Cuántas envidias y usurpaciones a justos derechos ajenos! ¡Cuánta injusticia del mal gobierno y también de nosotros! ¡Cuánta avaricia y cuánta impureza! ¡Muchas falsedades y robos! No se respetan los derechos de Dios ni los derechos del prójimo, con mucha razón Dios nos castiga con la guerra, el hambre y la peste, las mayores plagas de la tierra. Dios mío, ten misericordia de nosotros y perdónanos María Santísima, ruega a Dios por nosotros." [47] Y compadecían a los enemigos: "Pobres changos, no supieron lo que hicieron, les salió el tiro por la culata; así les sucede a todos los que se creen de Satanás por medio de los que le sirven para perder las almas; ahora pidamos a Dios por nosotros que de mil maneras lo ofendemos y digamos con Nuestro Señor Jesucristo: Padre perdónales, no sabemos lo que hacen."

[45] El vocabulario y los conceptos utilizados por este hombre que jamás fue a la escuela no sorprenderán sino a aquellos que no conciben ciencia y cultura más que a través de la alfabetización. Todas las entrevistas confirman el carácter representativo de Ezequiel Mendoza aunque su formulación sea especialmente clara y bella.

[46] Jean Meyer/Ezequiel Mendoza.

[47] *Idem.*

Su concepto de la guerra justa no carecía de complejidad, ya que la muerte del enemigo no era agradable a Dios; sólo la sangre de los mártires podía borrar los pecados y vencer a Satanás, y todavía era preciso que los "cruzados" no llegaran a ser semejantes a sus adversarios.

Siempre dispuestos a fusilar, los cristeros jamás olvidaban proporcionar un confesor al enemigo, cuya alma era tan preciosa a Dios como la de cualquier otro hombre, y que servía, misteriosamente, los designios providenciales al derramar la sangre necesaria de los mártires.[48] La moralización de las tropas preocupaba a los jefes en no menor medida que la dirección de la guerra. Ezequiel Mendoza, antes del rosario cotidiano, adoctrinaba a sus soldados: "Debemos ser bravos como leones con los enemigos, pero no tiranos como lo son ellos con nosotros; debemos ser honestos en todo, tomaremos de los bienes lo que ocupemos para vivir y pelear, pero no seamos ladrones de los bienes ajenos, todos los bienes son de Dios y no debemos hacer mal uso de ellos... Hago estas aclaraciones para que Uds. entiendan y no llamen bueno a lo que en sí es malo, ni llamen malo a lo que en sí es bueno. Nuestra ignorancia es mucha."[49]

En esta perspectiva, el sufrimiento y la muerte representaban la normal de la obediencia a la voluntad divina para obtener la victoria de la fe en este mundo y la salvación personal en el otro.

4] MOTIVACIONES

El ex gobernador de Durango, el constituyente Pastor Rouaix, se asombraba con motivo de la rebelión y del encarnizamiento de Santiago Bayacora, pueblo de indios famosos por su carácter apacible. Este asombro generalmente experimentado ante la importancia de la insurrección ha querido tranquilizarse invocando la ignorancia, el fanatismo, la alienación de los campesinos, la hipocresía criminal de un clero político y rapaz, la debilidad y taras de la

[48] Tal es el sentido de la frase: "les salió el tiro por la culata".
[49] Jean Meyer/Ezequiel Mendoza. En cuanto a la moralidad de los cristeros, véase pp. 215-29.

administración. Todo esto, con la idea preconcebida de un culpable que denunciar, para los unos, que justificar, para los otros. La tesis del complot sacerdotal sostiene implícitamente (ya sea su autor negro o rojo) que los campesinos no tenían motivo propio y serio para levantarse y que habían sido incitados. Un sacerdote intrigante, unos campesinos embrutecidos, un error político (la ley Calles), he aquí el esquema que permite eliminar a los cristeros de su guerra. El complot desaparece si se hace memoria del gran número de choques violentos desde 1914 y el carácter secular de la crisis, si se recuerda el papel de los curas en 1926, sobre todo si se hace por escuchar a los cristeros.

Exaltando el papel del cura, estigmatizando su culpabilidad, se hace del cristero el juguete de los cabecillas: hay que decir (y nosotros lo hemos dicho) que la presencia del sacerdote que aprueba su actitud exalta la decisión del grupo insurrecto; pero este sacerdote no es sino el reflejo de la tendencia general. Procedente del medio rural, comparte sus emociones, lo cual no autoriza para hablar de "guerra de los sacerdotes" o de "partidas episcopales". Por el contrario, está probado que, si bien el sacerdote no es el responsable del alzamiento, es a la vez su causa y su pretexto, lo cual permite al gobierno hacerlo culpable, confundiendo el cómo y el porqué.[50]

Causa y pretexto, sobre el plano sociológico como sobre el plano ideoescatológico, el sacerdote resulta ser, en efecto, dos veces el centro de la vida de los campesinos cristianos: la Iglesia, ya se ha dicho, es el centro de la vida local puesto que proporciona la distracción, la información, la educación y el sacerdote es el jefe, el amigo, el consejero.[51] Líder "natural", en el cruce de las escasas redes de cooperación que existen en el mundo rural, el hecho de ser sometido a discusión por el gobierno constituye un ataque contra la piedra angular de la sociedad rural. Es difícil sobrestimar su papel, que rebasa ampliamente el marco religioso, como lo comprendió el presidente Lázaro Cárdenas (1934-1940). Originario del campesinado, es su símbolo y orgullo, y he aquí que quienes lo expulsan *manu*

[50] La inmensa mayoría ni provocó, ni apoyó el movimiento cristero, en tanto que habría de apoyar después, o al menos ver con muy viva simpatía, el sinarquismo (véase t. I, pp. 30-50).

[51] Véase el libro de Luis González y González, *Pueblo en vilo. Microhistoria de San José de Gracia*, México, 1968, 365. p.

militari vienen precisamente del exterior: de la capital de la República, de Guadalajara, apoyados por el grupo beneficiario de la revolución, llamados por los anticlericales locales, amenazando la posición del sacerdote en la comunidad, y a la comunidad misma.

El sacerdote es también el dispensador de los sacramentos, en el centro de la vida espiritual y sacramental, y su desaparición lleva aparejada la muerte del alma, mucho más temible que la del cuerpo. Por eso los campesinos toman las armas, cuando la revolución trata de arrebatarles el sacerdote; las medidas contra los sacerdotes afectan a todo el pueblo a la vez y representan una ruptura radical en la vida individual y en la historia colectiva, inaceptable, inaceptada. El fervor religioso de los futuros cristeros bastaba para explicar su actitud, y el clero no tenía necesidad de mezclarse a unas manifestaciones en las que se creyó adivinar su presencia o su instigación;[52] las peregrinaciones, formas de protesta mística, así como los actos de penitencia pública de 1926, prácticas normales en período de adversidades[53] por parte de un pueblo que vive en la fe y sus manifestaciones, se consideraron como provocaciones por los funcionarios de la administración y por los policías, individuos cerrados a esta mentalidad.[54] De hecho, sirvieron de preludio a la insurrección, a la par preparación y advertencia postrera.

Calles fue el culpable
que nos alcemos en armas.
Sólo Dios lo sabe a dónde
irán tantas pobres almas.[55]

Es lo que dicen los cristeros que han respondido al cuestionario, a propósito de su motivación: "para defender la Causa, por amor a la causa de la religión, para defender a la Iglesia, el derecho cristiano, la religión, la fe, los derechos de Cristo y de su Santa Iglesia, la libertad religiosa, la fe de Cristo, la libertad de Cristo Rey, la causa de

[52] Es notable que los informes de policía no mencionen jamás detenciones de sacerdotes en el curso de las manifestaciones.

[53] Sequía, gripe española, hambre, bandolerismo de 1917. Testimonios de A. Acevedo, Beatriz Espíndola, 1968-69.

[54] Informes de policía, Archivo del Gobierno de Jalisco.

[55] Corrido de Santiago Bayacora, por Francisco Campos.

Dios y de mi patria, una causa justificada, la libertad de creencias, los derechos de la Iglesia y de la Patria, Dios, la Patria y la libertad, mi vida y mi religión", o bien: "como católico, ya que el presidente Calles nos negó todas las libertades de la religión por medios pacíficos y pensé que sólo por medio de las armas las conquistaríamos; porque, en desacuerdo con las leyes persecutorias de Calles, tenía remordimiento de no tener libertad religiosa; para que volvieran los curas perseguidos; porque Dios me tocó las fibras cristianas y me llevó allí; nos cerraron los cultos y los templos y eso no fuimos de acuerdo; no encontrando otra solución al conflicto religioso provocado por Calles; por convicción, amor, deber, de puro corazón. . .; sentía verdadera obligación; para cooperar a la liberación de la Iglesia, de la Santa Religión a la que pertenecía y pertenezco gracias a Dios; por inspiración de Dios; porque prohibieron el culto y no había misa; porque Calles atacó el clero; por la justicia; por cumplir con mi palabra de un juramento hecho por defender los principios de nuestra religión; por mi fe; como católico era mi deber; no pude ser conforme con la terrible persecución contra mi Dios y mi patria; porque fue mi voluntad."

Si la decisión era en todos la misma, podía ir acompañada de otras motivaciones paralelas: "porque el gobierno mató a un cura de Pozos; por venganza de que mataron a mi abuelo Ángel Rizo y por mi religión; me apresaron por un grito que oyeron viva Cristo Rey; me obligaron los agraristas por católico; por tres cosas, que sufría mucho de pacífico pues era atropellado, porque los federales me robaron lo mío, porque ya no pude estar de pacífico; porque el gobierno nos derrotaba constantemente, no nos dejaba ni la tortilla cabal pues le daban manos libres a la tropa y a los agraristas; porque me pedían que entregara al P. Jesús González, de Lagos; porque fui perseguido por el gobierno; porque andaba mi papá; cuando mataron al Sr. cura Magallanes y al P. Caloca; me querían quitar mi caballo; porque la defensa me exigió hacer servicio; casi todos nos fuimos antes que nos mataran porque la persecución llegó al extremo, además abusaban las guarniciones; me dio coraje ver los asesinatos que cometía el gobierno, mataba padres y mucha gente indefensa: . . . por tantos asesinatos que hacía el gobierno. Me pudo mucho la muerte de Anacleto González Flores. Antes del

levantamiento molestaba mucho 'la Chiscuaza' [jefe de la defensa de Sahuayo], me dio coraje ver que nos saqueaba."

La política gubernamental de persecución y después de represión provocó el levantamiento y luego lo alimentó, suministrando a los alzados toda la argumentación de la legítima defensa, de la guerra justa. Esto explica que la mayoría de los cristeros tomaran las armas por sí mismos, sin necesidad de ser convencidos. A la pregunta "¿Quién lo convenció?", todos contestaban "Nadie", con excepción de quince, que citan nombres de amigos o jefes cristeros. La respuesta más frecuente es: "Nadie", completada con breves comentarios: "las injusticias del gobierno; mis ideales católicos; mi espíritu; la fe que me infundieron mis padres; lo dicho por el general Calles a los señores obispos: Tienen dos caminos, las cámaras o las armas; falló la primera y optamos por la segunda; mi conciencia; mi convicción; el ideal; mi deber; las enseñanzas de Anacleto González Flores; las circunstancias..." Algunos fueron convencidos por su madre, por su esposa, por su padre; uno dice haber sido convencido por "una conferencia del gobierno".

En general, la motivación es religiosa; los testimonios particulares ilustran esta afirmación: "No queríamos abandonar a la Iglesia en las manos de los militares. ¿Qué haríamos sin ella, sin sus fiestas, sin sus imágenes pue escuchaban pacientes los lamentos? ¿A qué nos condenaban? ¿A penar entre las piedras y a trabajar la tierra seca? ¿A morir como perros callejeros sin una queja después de llevar su vida miserable? ¡Vale más morir peleando! No hay mal que dure cien años, ¡el que al cielo escupe a la cara le cae!"[56]

"El motivo indiscutible de por qué nos rebelamos fue que quedamos inconformes con los artículos persecutorios... es enteramente falso que el clero nos haya empujado a las armas. Desde que se declaró la persecución eso fue mi pensamiento, levantarme en armas, aunque por ninguna parte se movía nada de defensa armada."[57] Como dice Jeromito Gutiérrez, "de sobra había por qué pelear".[58]

Esto explica que gente pacífica que había visto siempre a los revolucionarios con horror pudiera dar su bendición a sus hijos y enviarlos al combate. "El gobierno todo nos

[56] José Gutiérrez, *op. cit.*, refiriendo las palabras de su tío Luis.

[57] Luis María Castañeda a Acevedo, 6 de abril de 1967.

[58] Jean Meyer/Jeromito Gutiérrez, 1969.

quita, nuestro maicito, nuestras pasturas, nuestros animalitos y como si les pareciera poco quiere que vivamos como animales sin religión y sin Dios, pero esto último no lo verán sus ojos, porque cada vez que se ofrezca, hemos de gritar de averas ¡Viva Cristo Rey! ¡Viva la Virgen de Guadalupe, viva la Unión Popular, muera el gobierno!"[59]

"Estoy decidido a levantarme en armas en contra de este mal gobierno para defender los derechos de Dios y de la Iglesia, será la última vez que nos veamos. Yo soy vasallo de Cristo Rey y nadie me puede detener. Porque he jurado luchar por Él hasta la muerte."[60]

Se trata, pues, de una reacción de autodefensa, la más natural. El campesino no sabe más que una cosa: los soldados llegan, cierran la iglesia, detienen al sacerdote, fusilan a los que protestan, ahorcan a su prisionero, incendian la iglesia y violan a las mujeres del pueblo descontento. Estos campesinos ofendidos que aman a su pueblo, a su iglesia y a su sacerdote, se levantan muy naturalmente. Que otros intereses, que otros motivos de descontento vayan mezclados, importa poco. En un momento en que domina la emoción religiosa, las estructuras espirituales, a las que no se les puede negar una realidad al menos sociológica, actúan de manera poderosa, paralela y opuestamente a otros acontecimientos. El campesino puede muy bien tener motivos de queja contra el gobierno (ya se ha dicho antes), pero sobre todo no puede tolerar el intento de extirpar de raíz la religión. Inseparable de la cultura, la religión impregna la existencia diaria, en todos los niveles, y la agresión perturba gravemente el equilibrio psicológico, afectivo, existencial de las poblaciones. Extirpar el catolicismo (lo que Narciso Bassols tratará de hacer en los años 30 con la educación socialista) es imponer una deculturación (en la hipótesis positivista una aculturación), que conduce forzosamente a choques sangrientos. El pueblo, a través de la Iglesia y más aún que ella, sufre de un trauma que engendra la angustia, la obsesión, la neurosis. Privado de sus sacerdotes, de sus mandos espirituales (¡he aquí una medida más de policía contraproductiva!), devorado por la culpabilidad de haber bajado la cabeza hasta entonces, este pueblo, hasta entonces tan pa-

[59] José Gutiérrez, *op. cit.*, refiriendo las palabras de su tío Luis.

[60] Teófilo Trujillo a Meyer, 1969, palabras de Rosales, muerto en 1927.

ciente, se subleva ante la estupefacción de todos, sus prelados los primeros.[61] Ante la estupefacción de las autoridades estrechamente racionalistas, que no habían previsto las consecuencias de sus actos, que ni siquiera captaban su alcance, se iniciaba una revuelta muy distinta de los tradicionales alzamientos agrarios o de las rebeliones políticas. Una cosa era evidente: la decisión violenta del pueblo a defender sus derechos, a partir del momento crucial en que se dio cuenta de que la línea se había franqueado, de que había roto irremediablemente con el mundo conocido y aceptado toda la vida. Por eso, los voluntarios se despiden de sus familias para siempre: "No volveremos a vernos". Manifiéstase una verdad nueva, pavorosa, cuando realizan actos (la concentración, la toma del palacio municipal...) tras de los cuales ya no hay vuelta atrás. Con estos actos, participan en un orden nuevo, en otro mundo.

Entre las partes en presencia, no hay valores comunes; el gobierno no puede tomar en consideración al adversario; el historiador no puede entregarse al estudio de las decisiones, ya que la acción violenta, la guerra, nace del choque de dos sistemas extraños. La guerra refleja las orientaciones sociales y culturales de los combatientes, sus intereses propios, y si bien fue efectivamente imprevisible (ni el gobierno ni la Iglesia la esperaba), estaba por ello más cargada de sentido. Entonces la guerra se confunde con la sociología, porque la sociedad deviene violencia pura, tanto más cuanto que los adversarios son desiguales y el gobierno, el más fuerte, quiere hacer que prevalezca su ley. Así es como hay que interpretar la famosa obstinación de Calles, esa voluntad de poder que se quisiera limitar al hombre Plutarco Elías Calles y que es la consecuencia del poder, presión directa y sin disfraz.

El diagnóstico clásico,[62] y en el fondo la hipótesis de trabajo del gobierno, es que los católicos verdaderos se encontraban entre las clases inferiores y entre las mujeres, incapaces por definición de rebelarse y sometidas respetuosamente a la autoridad apoyada en el ejército. Esto

[61] Recordemos el escepticismo de Mons. Díaz, el de Roma, el del sacerdote de Colima que escribe: "nuestro pueblo es una tortuga", el 25 de agosto de 1926. P. Emeterio Covarrubias a LNDLR.

[62] Su forma más concisa se encuentra en la p. 507 del libro de J. Lloyd Mecham, *Church and State in Latin America*, Chapell Hill, University of North Carolina Press, 1934.

explicaría el hecho de que el Estado pudiera perseguir impunemente la religión de la mayoría de sus ciudadanos. Esta tesis correcta en (1): el lugar social del reclutamiento, y en (3): la persecución de la mayoría por la minoría, fue desmentida en (2): la pasividad, en México. Y este mentís a una tesis tan razonable, y con frecuencia confirmada, debía adoptar una forma nada razonable, con demasiada frecuencia atribuida a una histeria colectiva o a un fanatismo sangriento, el martirio.

5] EL MARTIRIO [63]

D. H. Lawrence, por encima de sus delirios poéticos, ha encontrado en términos intuitivos ciertos significados que han obsesionado igualmente a Octavio Paz. El de la sangre, en particular, el de "la pirámide de los mártires que obsesiona la tierra". Es cosa sabida que el martirio no es algo simple, que se arriesga la muerte por unos valores escarnecidos, ignorados, desconocidos; por el propio valor de hombre, su honor, su dignidad, valores todos superiores a la vida. Las respuestas que se nos han dado mencionan todo esto, así como esta cita de Mateo 10, 28, hecha por numerosos testigos: "No tengáis miedo a los que matan el cuerpo, que el alma no pueden matarla; temed más bien a aquel que puede perder el alma y el cuerpo en el infierno." La vida se arriesga entonces por la inmortalidad, por la salvación, por la eternidad. Es un hecho cierto que los hombres y las guerras no son libros abiertos en los que se pueda leer claramente y que la prueba por la sangre no garantiza forzosamente la convicción, no hace del héroe un mártir. Ha habido martirios involuntarios, martirios orgullosos, en los que, para hablar como Gabriel Le Bras, "la respuesta del acusado le está dictada por su honor de hombre". "Unos han sido sufridos en la soledad, entre torturas y ofertas incitantes; otros en la exaltación de un grupo, sin preámbulo deprimente ni opción tentadora.

[63] No tengo la intención de atribuir otra autoridad que la propia del acontecimiento a los milagros, prodigios, martirios y casos particulares que cito, y lo mismo ocurre con los títulos de santos y de bienaventurados aplicados en un sentido sociológico, y para repetir las expresiones de los testigos.

Los hay que son retos orgullosos y otros ofrendas por la salvación de los verdugos."[64]

Hemos hecho una lista, muy breve y que está lejos de ser exhaustiva, de los mártires civiles y de los soldados que no murieron en el combate, sino en las torturas o ante el pelotón de ejecución y que sucumbieron ante testigos. Se recordarán los numerosos testigos oscuros caídos en secreto y que sería preciso también tener en cuenta las repulsas oscuras, cotidianas, que proclaman la fidelidad, a veces peligrosamente: culto clandestino, protección de un sacerdote, guardia del Santísimo Sacramento, conservación de imágenes y de reliquias, uso de insignias prohibidas, grito de "Viva Cristo Rey", gestiones ante las autoridades para evitar una ejecución, obtener el cuerpo de la víctima, velarlo y enterrarlo.

Se ha hecho la lista de 250 mártires "verdaderos", utilizando los criterios de resignación, dificultades extremas de la resistencia, atrocidad de los sufrimientos, magnitud de la tentación, etc. Entre los supervivientes se han consignado todas las manifestaciones de deseo del cielo, y se ha sabido que, con ocasión del alzamiento del domingo 27 de noviembre de 1926, en Totatiche, las personas más ancianas, sin armas, se unieron a la multitud, diciendo: "Nos vamos a ir los más viejos que no servimos para nada, para dar nuestra vida para Dios."[65] Repítense sin cesar expresiones como éstas: "Hay que ganar el cielo ahora que está barato"; "nuestros abuelos, cuántas ganas les hubieran tenido de ganarse la gloria así y ahora Dios nos la da, ya me voy."[66]

Claudio Becerra, salvado a causa de su tierna edad, único superviviente de los 27 fusilados de Sahuayo (21 de marzo de 1927), llora hoy ante la cripta en que están enterrados sus compañeros y dice: "Me emborracho, padre, porque me da sentimiento que Dios no me quiso para mártir."[67] El deseo del martirio, sentido como una gracia

[64] *Études de sociologie religieuse*, PUF, t. II, p. 567. Paris 1959.

[65] P. Hernández Cueva, registrado por el P. N. Valdés.

[66] Jean Meyer/María Refugio Ramírez, 1968, M. del Rosario Ochoa, 1966.

[67] *David*, t. II, p. 220. J. Salomé Serrano relata el caso de un cristero desesperado de haber escapado a la muerte: "Soy un soldado, entré para morir; ¿por qué no me quiso? Y no lloraba, bramaba, no hablaba, gritaba arrodillado." Y el de Camilo Arias: "un cobarde que se murió muy contento en Tepatitlán."

y como el medio de hacer que avance la salvación de México y del mundo es flagrante: "Fue una grande aventura, tan santa y tan noble, fuimos tan dichosos en aquella época...", exclaman los testigos, que hablan de las víctimas diciendo: "Nuestro Señor quiso concederle la corona del martirio." [68]

"Ustedes y yo lamentamos de corazón el fallecimiento de esos hombres que de buena fe ofrendaron sus vidas, familia y demás intereses terrenales, derramaron su sangre por Dios y por nuestra querida patria, como lo hacen los verdaderos mártires cristianos; pues su sangre unida con la de Nuestro Señor Jesucristo y con la de todos los mártires del Espíritu Santo nos alcanzará de Dios Padre los bienes que esperamos en la tierra y en el Cielo, dichosos los que mueren por el amor al Dios que hizo los cielos y la tierra y en todo está por esencia, potencia, presencia, no como los dioses falsos de Plutarco Elías Calles y de otros locos desviados por Satanás que les ofrece los bueyes y la carreta de esta vida y después los hace birria caliente y gorda en el infierno de tormentos." [69]

A su madre, el joven Honorio Lamas, ejecutado en compañía de su padre Manuel, dejóle este consuelo: "¡Qué fácil está el cielo ahorita, mamá!" [70] Y Josefina Arellano habla en estos términos de la muerte de su cuñado, que era muy joven: "Silverio, más chico que mi esposo, levantó la cobija que tapaba la puerta y saludó al gobierno con un dulce Viva Cristo Rey y cuando el eco de su voz se apagó ya iba de viaje a recibir la palma del martirio y su corona por que siempre él decía que era católico sin más interés que el amor a Cristo." [71] Momentos después, "levantó la cobija para salir dejando los chiquillos en brazos de Domingo para salir a morir pisando los muertos, me paré en la puerta Dios mío ¿qué vi. por encima de la cerca multitud de armas me apuntaban, la vista se me nubló el cuerpo se estremeció, pero tenía presente que aquella hora era para mí el triunfo, me imaginé la corona y casi toque la palma." [72]

Cosme Herrera Valencia, civil fusilado en Degollado

[68] Jean Meyer/Ignacio Villanueva, 1966.
[69] Jean Meyer/E. Mendoza.
[70] *David*, t. I, p. 67.
[71] Josefina Arellano, *op. cit.*, t. III, p. 3.
[72] *Idem*, p. 8.

por el general J. Carrillo por haberse negado a servir en el ejército, declaró antes de morir: "Reclamo la vida del alma, no la del cuerpo."[73] Carlos Varga anunció así la muerte de su hermano: "Por una parte estoy mortificado, pero siquiera le tocó buen día al pobrecito: murió el viernes santo, según me platican tuvo una muerte bonita, dichoso él."[74] "Dios los tenga en su Santa Gloria, de los humildes será el Reino de los Cielos", exclamó doña Petra Cabral al pasar ante los civiles ahorcados por el general J. B. Vargas.[75]

Pedro Muñoz, soldado del regimiento Valparaíso, dictó antes de morir la carta siguiente, dirigida a un sacerdote: "...gracias a Dios he permanecido firme y tengo el propósito de ser leal a mi religión, si por esto muero... vino mi mamá a verme a Fresnillo, habló con dos licenciados; uno dijo que me incorporara a las filas callistas pero yo no admití, primero muerte que cambiar mi fe. El objeto de dirigirle ésta es para que en sus oraciones no deje de acordarse de mí. Se despide quizá para siempre el último de sus hijos en Cristo."[76]

En estas muertes ejemplares, la población toma siempre parte, ya sea como testigo inmediato, o para recoger la sangre de los mártires como reliquia, y ocuparse de los funerales, que dan motivo con frecuencia a una protesta silenciosa. Así, el entierro del párroco Tranquilino Ubiarco, ahorcado en 1928, en Tepatitlán, por el coronel Lacarra: "Como datos curiosos apuntaré 1) que todas las reliquias tenían un perfume suave, 2) que al salir con el entierro estando la plazuela llena de soldados en disposición de tirar, sale del zaguán del curato un perro grandote, se sienta y aúlla lastimosamente como si fuera media noche, 3) que en el lugar donde cayó el Sr. Cura al cortarle la soga por muchos años no nació ni un zacate; a la fecha no sé; mucha gente se encomienda a él en sus necesidades."[77]

[73] Jesús Herrera, registrado por el P. N. Valdés.

[74] Carlos Vargas a M. Michel, 3 de marzo de 1929, c.

[75] Jean Meyer/Petra Cabral, 1967. Se piensa en Saint Pol Roux: "...maravillando a los miserables con una esperanza de palacio..."

[76] Valparaíso, 7 de septiembre de 1928, AAA.

[77] c. Hay así muchas víctimas veneradas todavía en 1970, como mártires que realizan milagros. Tal el P. Elías del Socorro Nieves, de Yuriria, el cual cayó bendiciendo a los soldados, que se negaron a disparar.

El joven José María Muñoz, de San Julián, fusilado porque aprovisionaba a los cristeros, aguardaba con alegría aquel instante, negándose a entrar al servicio del gobierno. Murió gritando "¡Viva Cristo Rey!", "...semblante como dormido cubierto su cuerpo de flores que sólo la cara se veía como un ángel... fue llevado al panteón por centenares de personas que se sucedían unos a otros queriendo ser dichosos cargando en sus hombros a aquel bienaventurado mártir".[78]

Carmelita Robles, presidenta de las Hijas de María de Huejuquilla, asesinada por el general J. B. Vargas, que la había cortejado de manera insistente y apremiante y que había tenido con ella largas discusiones teológicas, está considerada como una santa en la región. Cuando se encontraron sus restos, fueron expuestos y velados durante ocho días, en 1963, y una gran multitud acudió de todos los alrededores.[79]

La muerte tranquila de los cristeros hechos prisioneros impresionó siempre a los federales. Podría decirse que una característica de las guerras mexicanas es la de que los combatientes den pruebas de su valor, de su desprecio de la muerte. La literatura, las canciones y el cine han popularizado esta imagen del mexicano viril, indiferente a la vida y a la muerte, y de sus asesinos llorando de emoción admirativa. Si la muerte de los cristeros puede describirse según el mismo esquema, su contenido, su significación es totalmente distinta, porque es experiencia de la comunión con Dios y no se plantea ante los hombres. Del movimiento cristero, podría entonces decirse que más que una cruzada es una *imitatio Christi* colectiva, el sacrificio de los cristeros, mucho más importante que la muerte de los perseguidores.

[78] Josefina Arellano, *op. cit.*, t. III, pp. 65-6.

[79] Testimonios de Carmelita González, viuda de Manuel Lamas, de Juanita de Robles, de Tomás Díaz Ortiz, 1967. Carta del obispo Ignacio Plascencia al P. Correa (10 de septiembre de 1929, AAA): "El ejemplo de la señorita María del Carmen Robles fue muy digno de ser coronado con el martirio." Los ejemplos de mártires abundan: Antonio Arroyo Vega, de Santiago Tangamandapio, Anselmo Padilla, que sufrió un espantoso martirio, deseado y aceptado: las piernas desolladas, los pies deshuesados, castrado, se le obligó a caminar sobre las brasas, pidió perdón a Dios, perdonó a sus verdugos, y murió diciendo: "Viva Cristo Rey", el 27 de junio de 1927, en San Julián.

Hoy que está mi alma de ilusiones llena
quiero morir así, robusto y sano
defendiendo mi fe y ante el tirano
con sangre joven empapar la arena.

Quiero morir y soportar la pena
con el valor de un espartano
en esa hora sonreírle ufano
al canalla vil que me condena.

Quiero morir y por mi fe querida
quiero sacrificar mi propia vida
en un suplicio que jamás se ha visto

en una hoguera sacudir mis alas
o caer traspasado por las balas
gritando al tirano "Viva Cristo Rey". [80]

La tranquilidad con que marchaban a la muerte estos campesinos cuya gran preocupación, en tiempo de paz, era no morir de muerte repentina, no morir sin tener tiempo de prepararse al "tránsito", sobre todo no morir durante el sueño y sin los sacramentos, esta tranquilidad nueva demuestra la gran ruptura que significa 1926 y que esta época es la de "la gran aventura mística, santa y noble". De pobres diablos insignificantes se convierten en mártires, y lo dicen tranquilamente, y dejan de obedecer a las potencias a las que todavía la víspera saludaban humildemente. La conciencia de vivir una época extraordinaria era muy fuerte entre los cristeros, y Acevedo, que vio nacer a su hija bajo un nopal, exclamó: "Vi el cielo abierto... en las personas de unos miserables cristeros se dejara ver una semejanza con aquel nacimiento de su Hijo Santísimo, en Belén." [81]

Norberto López, fusilado en 1928, en Encarnación de Díaz, rechazó el perdón que se le ofrecía si se alistaba en el ejército, y dijo: "Desde que tomé las armas hice el propósito de dar la vida por Cristo, no voy a perder el ayuno al cuarto para las doce." [82]

Apasionados de la "buena muerte", que piden en sus

[80] Poema escrito por Felipe Brondo.
[81] Jean Meyer/Acevedo.
[82] *David*, t. vi, p. 10.

oraciones desde su infancia, se expresan como Tomás de Canterbury: "Las víctimas son numerosas, el número de los mártires aumenta de día en día. ¡Si yo pudiera tener esa suerte!" Así aquella mujer de Huejuquilla que lloraba y se decía abandonada de Dios porque su familia había sido salvada por la suerte; su hijo único sucumbió después combatiendo, y las lágrimas de la madre no borraron el júbilo de la creyente.[83]

Puede causar risa el caso de aquel sacerdote ignaro a quien, a causa de su rusticidad, le había costado gran trabajo llegar a ordenarse y que distribuía pases para el cielo a los que morían con valor.[84] De hecho, decía como los Padres de la Iglesia que la sangre de los mártires era simiente, que el diablo sabe que los pecados son remitidos por los mártires y que "no se tiene derecho a renunciar a la púrpura". ¿Habrá tristeza mayor que la de no merecer ser perseguidos por Cristo, ni morir por el nombre del Hijo de Dios? Los cristeros se decían que la persecución contra la Iglesia mexicana era un gran favor, la prueba de la predilección que sentían por este país la Virgen de Guadalupe y Cristo Rey.

6] UN POCO DE SOCIOLOGÍA RELIGIOSA

Los cuestionarios permiten aventurar la hipótesis de un cristianismo sólidamente estructurado en cuanto a los conocimientos y regularmente enraizado en la práctica dominical y la frecuentación de los sacramentos. Es notable que la comunión frecuente se hallara muy extendida en 1926, en particular bajo la forma de la asistencia a la misa el primer viernes de mes. La instrucción religiosa se les daba a todos en los años de catecismo (de los 2 a los 6), y después en el seno de las cofradías femeninas y

[83] Jean Meyer/Petra Cabral, 1967.

[84] Se trata del P. José María Espinosa, párroco de Tacáscuaro, "hijo de ranchcrito, de muy escaso talento... dando salvoconductos para el cielo en donde decía que si morían en la Revolución, aunque tuvieran los pecados que tuvieran, ya estaban completamente perdonados". P. José Romero Flores, 1965.

masculinas,[85] de los sindicatos, de la vida litúrgica y practicando el Rosario.

Se ha dicho ya que la vida cotidiana se hallaba impregnada por la religión; lo mismo ocurría con el paisaje, en el que se elevaban iglesias y cruces. El microcosmos municipal encerraba toda la topografía nacional que se limita a dos capítulos, los cuales comunican entre sí a través de San Isidro Labrador: la Iglesia y la agricultura. En los pueblos de formación reciente (los últimos fueron fundados por la Iglesia hacia 1920), la toponimia es casi exclusivamente religiosa; en otras partes, con mucha frecuencia los sacerdotes bautizan de nuevo dichos lugares, a tal punto que la geografía es efectivamente bíblica y celestial, según aparece en las novelas de Yáñez, Rulfo y Arreola. El hecho de que esta religión sea funcional, que responda a las necesidades de la familia rural, del pueblo, del campesino, que sea la proyección de su experiencia de la vida, que responda a sus preguntas, aplaque sus angustias y guíe su existencia, todo ello revela que la presencia de Dios, la necesidad de comulgar con él, la experiencia religiosa más intensa, son realidades carnales para el mexicano rural, que constituye todavía el 80% de la población nacional (el 90%, si contamos las clases inferiores de los poblados y de las ciudades de provincia).

Los valores de esta sociedad son religiosos, aun en el caso de que en la vida no exista adecuación entre los valores y las actitudes; este desfase, que tanto escandaliza a aquellos para quienes la religión es una moral al servicio de la sociedad, se llama el pecado y la confesión, y los sacramentos nos han sido dados para suprimirlo. No todos estos cristianos son santos, no todos son tampoco los borrachos, los libertinos, los asesinos fanáticos cubiertos de escapularios, entenebrecidos en sus supersticiones, que nos pinta la literatura oficial, la del gobierno, la de los cristianos ilustrados. La Fe no es la Moral, y el sistema tiene su lógica, ya que su principio es Dios. En las ciudades, hasta en la levítica Puebla —y este ejemplo límite es concluyente—, los valores no son ya religiosos, sino clericales

[85] Citemos las más importantes: las del Sagrado Corazón de Jesús, la del Rosario, la de la Adoración Perpetua, de las Hijas de María, de San Francisco, de San Luis Gonzaga, del Santo Depósito, del Sagrado Viático, de la Vela Perpetua. No citamos aquí más que las que se encuentran a cada paso de uno a otro extremo del país.

tan sólo. La secularización se realizó lentamente desde el siglo XVIII; en 1926, era ya un hecho consumado, irreversible, aunque Puebla, Querétaro y Morelia estuvieran pobladas de "beatos". El "beato" es hombre de ciudad, no de campo; vive en un universo mental partido por la mitad: no existe continuidad entre la iglesia y la vida, en tanto que el campesino, gran bebedor y de mucho comer (cuando tiene ocasión), pícaro y lascivo, irritable y violento, hombre de fuertes emociones, vive en un universo religioso todo de una pieza.

Antes del siglo XIX, en México, las ciudades eran "cristianas" y el campo lo era mucho menos. El tema de predicación del buen campesino eternamente religioso frente a la ciudad de perdición es un mito en cuanto sobrepasa sus límites históricos; las relaciones se han invertido en México después de 1860, con la segunda evangelización (que es a veces la primera), el impulso de la cual se nota aun en 1925. . . ¿Un ejemplo? La reconquista religiosa de Colima se hace a partir de 1884-1900: 6 parroquias habían sido fundadas en el siglo XVI, 2 en el XVII, 4 en 1803, 1 en 1814 y 1 en 1832; es decir, 15. De 1832 a 1884, no hubo ni una sola fundación. De 1884 a 1900, hubo 9. Evangelizada por los franciscanos, Colima aguardó al final del siglo XIX para contar con un clero numeroso, de Colima mismo, que tenía a su cargo las numerosas pequeñas parroquias creadas recientemente, mientras que su territorio exiguo se cubría de capillas y de iglesias. El hábitat disperso de esta zona se bautizada con nombres tales cómo Capillitas, Monasterio, San Pedro, Merced, Sangre de Cristo, La Pasión, El Beaterio. . . Por doquier florecían las cofradías y los sindicatos.[86]

En Jalisco, Zacatecas, Nayarit y Michoacán, y basándose en los sondeos,[87] se pueden aventurar las mismas conclusiones. ¿Vale este esquema para el resto del país? Las

[86] P. C. Brambila, *El obispado de Colima*, 1964, 337 p., y archivos parroquiales de Cuauhtémoc, Ahuijullo, Tuxcacuesco (completo desde 1668), Comala, La Merced, archivos de la diócesis en Colima.

[87] Archivos de la diócesis de Zamora, de la arquidiócesis de Guadalajara, archivos parroquiales de Chavinda, Sahuayo, Tangamandapio, San José de Gracia, Ciudad Guzmán, Jaripo, Jacona, Villamar, E. Zapata, Tingambato y en los Altos de San Francisco de Asís, San José de Gracia, Atotonilco, Ayo, Arandas, Jesús María, Lagos, San Juan de los Lagos, San Miguel el Alto.

monografías locales y algunas investigaciones aisladas [88] parecerían confirmar esta hipótesis, coincidente con la gran actividad de los prelados entre 1860 y 1925, de Mons. Munguía a Mons. Orozco.

En esta perspectiva de renacimiento misionero es en la que hay que situar la empresa del párroco Magallanes, de Totatiche, que reanudó las relaciones (prácticamente por primera vez desde el siglo XVIII) con los huicholes, instalando en Azqueltán un centro catequista, con el P. Lorenzo Placencia, y trabajando después en la evangelización de la sierra propiamente dicha. [89]

Esta reanudación simbólica de las misiones jesuitas del Gran Nayar demuestra la amplitud de la segunda conquista religiosa de México. En 1925, puede decirse que las afirmaciones que ponen en duda el carácter cristiano de la fe del pueblo son tan ligeras como aquellas, en apariencia más científicas, que no ven en ella más que sincretismo y denuncian por doquier "los ídolos tras de los altares". Al afirmar que muchos indios de Oaxaca, de Guerrero, de Michoacán, de Durango, son verdaderos católicos (no hablamos de Yucatán, ni de Chiapas, otros mundos aislados del México propiamente dicho), al añadir que los otros (huicholes, yaquis, habitantes de la sierra norte de Puebla, etc.), se hallan muy marcados por el cristianismo (hay entonces yuxtaposición de varios sistemas religiosos, más que un verdadero sincretismo) y que hay, finalmente, pocos paganos, decimos que el apostolado de 1860-1925 fue un éxito, sin dejar de reconocer que existen no pocas incógnitas; pero sobre todo planteamos el problema del contenido de ese cristianismo mexicano.

Podría tratarse de explicar las reacciones, distintas según las regiones, a la persecución religiosa y las diversas modalidades de resistencia, menor resistencia, no resistencia, por la historia (existencia de una evangelización en el siglo XVI o durante los siglos coloniales; carácter de esta evangelización; existencia de una segunda en el siglo XIX-XX), por la población (regiones con dominante india, mestiza o blanca), o por la índole de la fe, índole que sería

[88] Archivos parroquiales de Tlaxiaco, Miahuatlán, Huajuápam, en Oaxaca; de Huejotla, en Hidalgo; de Tlapa, Chilapa, Buenavista de Cuéllar y Chilpancingo, en Guerrero.

[89] Porque el gobierno lo ejecutó, los huicholes de San Sebastián, de los que se ocupaba después de 1920, se hicieron cristeros.

la resultante de no pocos elementos. No presentando gran interés la explicación racial (los colimotes indios eran tan apasionadamente cristianos y cristeros como los alteños criollos), es preciso recurrir a las otras y extraer tipos de religiosidad.

La religión de los cristeros era, salvo excepción, la religión católica romana tradicional, fuertemente enraizada en la Edad Media hispánica. El catecismo del P. Ripalda, sabido de memoria, y la práctica del Rosario, notable pedagogía que enseña a meditar diariamente sobre todos los misterios de la religión, de la cual suministra así un conocimiento global, dotaron a ese pueblo de un conocimiento teológico fundamental asombrosamente vivo.[90] A Cristo conocido en su vida humana y en sus dolores, con los cuales puede el fiel identificarse con frecuencia, amado en el grupo humano que lo rodea: la Virgen, el patriarca José, patrono de la Buena Muerte, y todos los santos que ocupan un lugar muy grande, completamente ortodoxo, en la vida común, se le adora en el misterio de la Trinidad. Esta religión próxima al fiel la califican de superstición los misioneros norteamericanos (protestantes y católicos), y los católicos europeos no la juzgan de manera distinta. En todos sus extravíos, en sus más extrañas eflorescencias, esta religión es radicalmente cristiana, profundamente personal, vivamente vivida.

La Biblia y la liturgia, unos autores espirituales de quienes ni siquiera se conocen los nombres, ni a menudo la existencia, pueblan la imaginación y la memoria de esos hombres que, en sus meditaciones, en sus actos, los interpretan en sentido figurado. Pensamiento simbólico, razonamiento por analogía, las referencias explícitas son numerosas[91] y más aún las reminiscencias y las citas implícitas.

La práctica tan importante del Rosario (sería preciso

[90] De ahí ese vocabulario abstracto y rico, que podría sorprender al que realiza la encuesta y no parecerle veraz al lector.

[91] Hemos quedado asombrados por el número y la exactitud de las citas bíblicas. La idea de un pueblo católico ignorante de la Biblia no es válida para el campesino mexicano de esta época. En los caseríos lejanos de la parroquia se la leía de pie, o más bien se formaba círculo en torno de aquel que sabía leer. De ahí una cultura oral y una memoria prodigiosa, uno de cuyos más bellos ejemplos es el de Ezequiel Mendoza. Entre las obras que forman un fondo común de cultura podemos citar *La Leyenda Dorada*, *El Estaurofilo*, *La canción de Gesta* de Carlomagno.

hacer la historia y la geografía de su propagación: no podemos más que comprobar que los cristeros lo rezan de Santiago Bayacora a Miahuatlán) se hallaría en el núcleo de una demostración que trata de probar la indiscutible catolicidad de la fe mexicana. El Rosario recuerda en efecto sin cesar la misión de Cristo, apoyándose sobre la misión única de la Virgen en la obra de la salvación, recordando a los cristianos la grandeza y las exigencias de su bautismo, que los configura al Cristo y los alista en su séquito, al servicio de su Reina. Conduciendo al Cristo Rey y a la Virgen, el Rosario es tan distinto de la práctica estúpida y aritmética de una oración mágica como el culto de la Virgen de Guadalupe lo es de la mariolatría. Todos los análisis parciales son correctos: la mujer, la maternidad, la virginidad están presentes (como en la mariología universal), pero también Eva, María, y la Iglesia. El culto de la Virgen guadalupana no es distinto del que recibe en Rusia (¡800 lugares de peregrinación marianos!), en Polonia o en Francia. Los protestantes han señalado muy justamente el vínculo estrecho que une a María con la Iglesia católica, y la Virgen de Guadalupe, lejos de separar a México de la catolicidad, como creían Calles y los cismáticos, le mantiene la visión mística de la Iglesia, que está en el corazón del movimiento cristero. María es, en efecto, la "Flor de la Humanidad", es también la corredentora, la cosalvadora, inseparable de toda la teología católica.

Es, por lo demás, notable que cuando se aparece en sueños o en pleno día a unos cristeros, a unos agraristas o a unos soldados, lo haga de acuerdo con los esquemas de toda la tradición cristiana. No hablamos aquí más que de la fe mayoritaria; queda la Virgen-Tonanzín de los grupos en los que el elemento precolombino domina al elemento cristiano. Digamos que, masivamente, es la Virgen negra de Guadalupe la que triunfa del ídolo que está tras el altar.

Es evidente que en el interior del vasto bloque católico los temperamentos regionales introducen variantes: en la sierra de Durango, ya muy septentrional, se encuentran los católicos más rudos, católicos de Pedro el Ermitaño, para hablar como Octavio Paz, "católicos de los cuatro principios" para citarlos; cristianos aislados, sin sacerdote, y a pesar de ello todos bautizados, confirmados, casados (después que la mujer ha sido "robada", como lo impone la

tradición), a pesar de lo largo del viaje hasta la parroquia más próxima. Muy al sur, en la tierra caliente de Michoacán y al oeste, sobre la costa de Jalisco, y de Nayarit, se encuentran sus hermanos [92] en violencia. Violencia de la vida, de las emociones, de la fe. Los católicos de Los Altos de Jalisco o del noroeste de Michoacán son, no obstante una emotividad semejante, y a causa de un ambiente clerical aparecido después de 1860, unos puritanos beatos si se comparan con los precedentes.

Es notable que la presencia o la ausencia de sacerdotes no aporte sino variaciones superficiales, en modo alguno esenciales. No se debe, pues, buscar las diferencias de comportamiento a partir de la situación eclesiástica en 1925; no hay que decir que la religiosidad de los Cristeros es la de comunidades guiadas por los sacerdotes, opuesta a la de un cristianismo sin sacerdote.

¿Osaría decirse que el movimiento cristero tiene sus raíces en ese rasgo esencial de la fe caracterizada por la vida sacramental? [93] ¿Pueden distinguirse dos zonas de cristiandad? ¿En una zona de cristianismo muy poco sacramental, ya esté ausente el sacerdote, como en Yucatán, o presente pero ignorado como tal sacerdote, asimilado a un funcionario al servicio de la organización tradicional y despojado de sus funciones sacramentales (como es el caso en ciertas regiones de Puebla. Hidalgo y Guerrero), que representa la persecución contra el sacerdote, es decir contra los sacramentos contra la eucaristía, en una región, en un pueblo donde impera un cristianismo no eucarístico? El alzamiento se realizó al grito de "¡Viva Cristo Rey!", y este grito no tiene sentido fuera del misterio eucarístico. Este cristianismo se encuentra en regiones indias, pero las Mixtecas o la Sierra Tarasca, Colima y la sierra de Durango son igualmente indias y pertenecen a la segunda categoría.

Un cristianismo de los sacramentos y de la eucaristía, en el que la suspensión del culto, la desaparición del sacerdote, que puede vivir a varios días de camino, pero al

[92] A fines del siglo XIX, en el cantón de Coalcomán había ya 105 000 almas y 28 eclesiásticos. La mayoría de la población vivía en caseríos, a varias jornadas de camino de los 19 curatos. Era todavía verdad en 1925, y en Colima en la región de Minatitlán y Juluapan.

[93] Huazamota, pueblo sin sacerdotes, practicaba el rezo diario del Rosario, celebrada todas las fiestas litúrgicas, y los agonizantes eran asistidos por "santas mujeres". Los recién nacidos y los esposos hacían el viaje hasta Huejuquilla.

cual se va, se traducen por la muerte espiritual, a la cual se escapa por la insurrección.

¿Cómo explicar que el Durango indio, sin sacerdotes, que la tierra caliente del oeste, india, mestiza y criolla, igualmente sin sacerdotes, correspondan a ese cristianismo, cuando en la región de Puebla, provista siempre de un numeroso clero parroquial, parece predominar la primera forma? La riqueza arquitectónica de Puebla y de sus alrededores, la ausencia de construcciones religiosas (algunas raras iglesias pequeñas coloniales misioneras) en las otras regiones mencionadas, podrían hacer creer que Puebla es católica y que Durango no lo es. ¿Nos daría la explicación una sociología histórica regresiva, que remontase a la primera evangelización?

El gobierno llamó magníficamente a los rebeldes "cristeros", colocando a Cristo en el centro de la insurrección, dándole su sentido y su significación. La persecución del sacerdote, reverenciado, amado como dispensador de los sacramentos, realizador de la venida de Cristo en el pan y el vino, se sintió como guerra demoniaca contra el propio Cristo; el perseguidor es, por lo tanto, el Diablo. El diagnóstico gubernamental llega al fondo de las cosas y da su verdadera dimensión al problema, tendiendo a probar que el cristianismo mexicano, lejos de estar deformado o ser superficial, está sólida y exactamente fundamentado en Cristo, es mariológico a causa de Cristo, y sacramental por consiguiente, orientado hacia la salvación, la vida eterna y el Reino. Durante la guerra, los santos se retraen notablemente hasta su propio lugar, mientras se manifiesta el deseo ardiente del cielo.

7] DE LO SOCIOLÓGICO A LO SOBRENATURAL

La lista de los signos, prodigios y milagros es larga. Presagios funestos anuncian la persecución (428 horas de lluvia copiosa y continua en Valparaíso, en enero de 1926; en mayo y julio, el cielo se oscureció); a la muerte de los mártires, la naturaleza se conmueve, la tierra tiembla, las campanas tocan solas, el viento se levanta (muerte del P. Margarito Flores, cerca de Taxco, en noviembre de 1927, del P. José Genaro Marqués, en Cocula, en 1927); los ele-

mentos son más respetuosos que los hombres: la lluvia lava los cadáveres de las víctimas de Sahuayo y la buganvilla los cubre con sus flores. Los verdugos son castigados: uno de los que dinamitaron el monumento de Cristo Rey cae enfermo, perseguido por pesadillas,[94] uno de sus compañeros queda ciego y otro pierde una pierna en un accidente; el que denunció al P. Montoya se volvió loco y se ahorcó, como Judas; su verdugo, el mayor Urrutia, pereció en Villanueva, "dándose el caso que su cuerpo, no obstante estar completamente exangüe, reventó despidiendo tal fetidez que es aún recordada en el pueblo";[95] se decía que el presidente Calles había sido atacado por el más terrible de los males, la lepra,[96] como Herodes. Las imágenes resisten a los sacrílegos incendiarios y fusiladores (el Cristo de Pegueros); los cristeros reciben en el combate ayuda sobrenatural: Santiago y la Virgen intervienen a su lado, sin que ellos los vean jamás. Lo más notable es que son los soldados federales quienes refieren estas apariciones de mujer sobre un caballo blanco, de jinete invencible sobre un caballo gris tordo, al lado de los cristeros o en las nubes.[97] Innumerables ayudas de la providencia se manifestaban en forma de un torrente en crecida que arrastraba a los federales hasta ponerlos en manos de los cristeros de Santiago Bayacora, o de una bruma que salvó de la derrota a los de Cocula, de Colima, de Valparaíso. El grito de "¡Viva Cristo Rey!" hacía temblar al enemigo y paralizaba a los caballos; los animales manifestaban su respeto, inclinándose para recibir la bendición, como los caballos de los cristeros de San Julián, o negándose a entrar en la iglesia, como la vaca que el coronel Quiñones quería degollar sobre el altar de Tlacuitapan.

Milagros evangélicos: la masa de la que no se podrían hacer más que algunas tortillas, y con la cual se dejó ahíto

[94] Ha pedido el anonimato.

[95] Jean Meyer/Margarito Flores, soldado federal, 1968. Los cadáveres de los mártires exhalaban "un suave perfume".

[96] Esta historia me ha sido contada por numerosos testigos, y tiene por fundamento histórico la prolongada y terrible enfermedad que causó el envejecimiento y la muerte prematura de Calles.

[97] La Virgen en Santiago Bayacora y Colima, Santiago en Tepalcatepec. "Nos quedamos pensativos", dice el soldado Margarito Flores. Ezequiel Mendoza dice no haber visto nada; pero "siempre Dios ayudaba a los suyos y castigaba a los otros, servidores del diablo; decidía de la victoria. ¿A poco no es el Dios de los ejércitos?" (1968).

a un destacamento entero,[98] otro milagro de la multiplicación de los panes referido por Víctor López (Jalpa de Cánovas), y otro más referido por Felipe Padrón (Concepción de Buenos Aires). Era muy difícil matar a un santo: las armas de fuego fallan, la rama del árbol se rompe, y tras ella la cuerda, estando obligados a recurrir al puñal; finalmente, las reliquias de los mártires hacen milagros (la tumba del P. Magallanes).

En noviembre de 1928, J. Jesús García, de Santa Catarina, en la Sierra Gorda, cayó enfermo y fue hecho prisionero. Se encomendó a Santa Catarina para que le diera firmeza en el martirio y "no permitiera que flaquease y abandonara su fe". La santa lo oyó, ya que a todas las torturas para que gritara "Viva Calles" el contestaba "¡Viva Cristo Rey y Santa María de Guadalupe!" Finalmente, fue fusilado: cuatro balas rebotaron en las costillas y la quinta le atravesó un muslo; el tiro de gracia le desgarró el cuero cabelludo. "Como si despertara de un sueño, oyó una voz que le decía levántate y ven." Era una niñita quien le hablaba, y lo tomó de la mano para hacerle salir del cementerio y llevarlo a un campo, a un kilómetro de allí; los soldados, que se habían ido a comer antes de enterrarlo, no lo encontraron al volver. Santa Catarina había hecho el milagro.[99]

Graciano Morales (23 años), Leoncio Mejía (15 años) e Isaac Ibarra (18 años) fueron torturados, pero se negaron a gritar "viva Calles", y los soldados los fusilaron el 16 de mayo de 1929, en Santa Catarina. Las últimas palabras de Chano Morales a su mujer fueron: "Esposa y hermana, luego que acabemos nos recogen, nos velan y sepultan en una misma sepultura, me ponen en medio de estos dos angelitos para que ellos me lleven al cielo. Diciendo esto gritaron un "¡Viva Cristo Rey y Santa María de Guadalupe!" Cayeron en abanico, con las tres cabezas juntas, formando casi una cruz. con gran asombro de los testigos.[100]

Esta lectura de la realidad por el pueblo acompaña lógicamente la aventura mística que lo proyecta fuera de su condición. Hace del pobre el verdadero privilegiado, ya que los ricos poseen demasiados bienes para perderlos y morir por que venga Su Reino. Sólo el pobre se halla libre

[98] José María Méndez, *Memorias.*
[99] Jean Meyer/Vicente Osornio.
[100] *Idem,* 1968.

de las tentaciones de la avaricia y la lujuria,[101] él sólo puede recibir, gracias a su indiferencia hacia los bienes de este mundo, el mensaje apocalíptico. Después de los "arreglos", en los momentos de la mayor amargura, los cristeros habrían de caer en la tentación de considerarse como los únicos puros, los elegidos. ¿No vivían los de la "Cruz de Palo" como el puñado de justos sobre un océano de iniquidad?[102] Habían roto con la Iglesia, con el Estado, evitando tratar con los demás. Sin que se consideraran como la "verdadera Iglesia", estos pobres cristeros tuvieron la ocasión de meditar sobre los textos sagrados y pensaron con predilección en el óbolo de la viuda: "En verdad os digo, esta pobre viuda ha dado más que todos cuantos contribuyeron; porque todos ésos dieron de lo que les sobraba, pero ella puso todo cuanto poseía, todo lo que tenía para vivir." Referíanse constantemente a Santiago contra los ricos, a Daniel contra el tirano, a los Evangelios contra los escribas y los fariseos que son los católicos ricos.

Los pasajes que los iluminaban eran los de los grandes momentos de la escatología: el anuncio de la ruina de Jerusalén, de la tribulación, de la abominación, de la desolación, el anuncio del Juicio Final, el anuncio de las persecuciones, las Bienaventuranzas finalmente. Seguros de que "las puertas del Infierno no prevalecerán contra ella", tenían la convicción de su propia necesidad, de su papel indispensable en el plan de Dios, para que el réclutamiento de los santos, el crecimiento del Cuerpo de Cristo apresuraran el advenimiento de los tiempos, del Reino. Morir como mártir era trabajar en el adelanto del Reino. Ezequiel Mendoza cita el Apocalipsis casi al pie de la letra del versículo (VI, 11): "les fue dicho que estuvieran callados un poco de tiempo aún, hasta que se completaran el número de sus consiervos y hermanos, que también habían de ser muertos como ellos."

Imagínase la distancia que separaba a las clases acomodadas (consideradas como un todo) de los campesinos

[101] *Retablo de la avaricia, de la lujuria y de la muerte*, título de una obra de Valle Inclán. La avaricia y la lujuria son, según los testigos, las tentaciones del rico. ¡Coincidencia notable entre el genio individual y la conciencia colectiva!

[102] Cf. tomo I, pp. 323-53, y Luis González y G., *op. cit.*, p. 220.

que permanecían en la tradición más o menos oscurecida de la antigua cristiandad. Los segundos no comprendían nada de las sociedades de moralización, de los clubes piadosos, de las cooperativas de devoción organizadas por los primeros; eran muy capaces de ir a la misa del domingo, con la resaca aún de la borrachera nocturna, aun a costa de salirse antes del final para vaciar el estómago contra el muro de la iglesia.[103] La moral privada, que el rico admite nó estar hecha para la política y el comercio, y que le reprocha al pueblo el carecer de ella, es ajena a los campesinos, los únicos capaces de vivir una gran aventura espiritual y temporal a la vez, inmensa peregrinación popular al Reino de las Bienaventuranzas evangélicas. En aquella época hubo verdaderas embriagueces para los fieles en la contemplación de aquellas ceremonias prohibidas y celebradas con una nueva profundidad. Al volver la paz, fue un delirio, un éxtasis, cuando se desplegó la pompa venerada en las iglesias cerradas durante tanto tiempo.

"Si voy a morir por Cristo, no necesito confesarme —respondía Aurelio Acevedo al P. Correa, que se lo aconsejaba—; la mayoría de nosotros pensaba igual. Es el bautismo de sangre, que dicen que es mejor que el bautismo ordinario."[104] El pueblo, aislado de la fuente sacramental, se daba el sacramento global, el del sacrificio cruento. Deponiendo humildemente las armas, cuando los sacerdotes se lo pidieron,[105] sin haber conseguido ganancia alguna temporal, el pueblo cristero fue quizá el único en haber podido distinguir lo que correspondía a Dios y lo que se le debía al César.

"El 31 de julio de 1926, unos hombres hicieron que Dios Nuestro Señor se ausentara de sus templos, de sus altares, de los hogares de los católicos; pero otros hombres hicieron de modo que volviera. Éstos no vieron que el gobierno

[103] Esto le ocurrió, por ejemplo, a Pedro Sandoval, después de lo cual este hombre de cuarenta años fue molido a golpes por su padre.

[104] Jean Meyer/Acevedo.

[105] Archivos parroquiales de San Francisco de Asís, párroco Angulo a Mons. Orozco (8 de agosto de 1929): "Lo más admirable en ellos es su heroico sacrificio, sujetándose entera, prontamente y con esa sinceridad heroica que les caracteriza a la primera indicación que se les dio de calma bélica, por orden del Sr. Delegado Apostólico, cuya orden obedecieron con la prontitud de un ángel y la sencillez de un niño, a pesar de que los han seguido matando."

contaba con innumerables soldados, armas y dinero incalculables; no lo vieron, lo que vieron fue la defensa de su Dios, de su Religión, de su Madre la Santa Iglesia, esto fue lo que vieron. No les importaba a esos hombres dejar a sus padres, sus hijos, sus mujeres y cuanto tenían; marcharon a los campos de batalla, a buscar a Dios Nuestro Señor. Los torrentes, las montañas, los bosques, las colinas son testigos de que esos hombres hablaban a Dios Nuestro Señor gritando el santo nombre '¡Viva Cristo Rey, Viva la Santísima Virgen de Guadalupe! ¡Viva México!'; los mismos lugares son testigos de que esos hombres regaron el suelo con su sangre y que, no contentos con esto, dieron su misma vida para que Dios Nuestro Señor volviera, y Dios Nuestro Señor, viendo que esos hombres lo buscaban de verdad, tuvo la bondad de volver a sus iglesias, a sus altares, a los hogares de los católicos, como podemos verlo hoy." [106]

[106] Francisco Campos a Jean Meyer.

CONCLUSIÓN

Fruto de siete años de trabajo, me encuentro con una tesis universitaria. Cuatro de esos años transcurrieron en México trabajando en los archivos, llevando a cabo encuestas, reuniendo documentos, hablando con los supervivientes. Esta breve descripción no da cuenta de los miles de kilómetros recorridos en coche, en mula y a pie, por montes y valles; no da cuenta de las dificultades, de las lluvias de invierno y de verano, del carácter caprichoso de los animales, de las reticencias o de la sordera de los testigos, de la irascibilidad de los borrachos, de la sospecha; no da cuenta de las emociones, de las alegrías y de las contrariedades: el descubrimiento de los paisajes, el de los hombres, la participación en las peregrinaciones, la gracia de amistades inmerecidas, la muerte de quienes hicieron posible este trabajo.

Al final de estos años me encuentro con una documentación formada apresuradamente; porque las mejores fuentes son perecederas y están desapareciendo: archivos privados, cuadernos de colegial llenos de una escritura tan firme como rústica, documentos hechos cuatro dobleces en el bolsillo, fotos guardadas en una caja vieja de galletas, y finalmente la memoria de esta generación que está yéndose.

La memoria de los cristeros hizo de mí un logógrafo, obligado de todos modos a empuñar el magnetófono a causa de la deficiencia relativa de los archivos escritos clásicos. Tanto la Iglesia como el Estado desconfían del historiador, y los archivos diplomáticos extranjeros, sin dejar de ser interesantes, no eran suficientes. Quedaba el recurrir a los actores de los dos campos y a los testigos de la época. Se necesitó el tiempo de encontrar y de superar la desconfianza de quienes iban a presentarme a sus compañeros. Entre ellos, Aurelio Acevedo, uno de los primeros alzados que, en agosto de 1926, tomó las armas con una docena de compañeros y licenció en agosto de 1929 a 2 000 combatientes organizados. Este hombre, que

se mantuvo en la clandestinidad y la resistencia hasta 1940, y no pudo volver a ser el campesino que había sido. Impresor en pequeño, vivió para continuar su combate publicando un modesto periódico, el *David*, fuente asombrosa, vínculo entre los antiguos cristeros que contiene documentos y relatos de primera mano.

Por el director del *David* fui presentado a los veteranos con ocasión de su reunión anual de la fiesta de Cristo Rey, en el cerro del Cubilete. Gracias a él, fue esperado el historiador y pudo dar con la voluntad de hacer esta historia, cosa notable entre estas gentes. La entrevista deparó el testimonio —por encima del contingente ordinario de habladores, pelmazos y miopes habituales— de historiadores populares y de profetas inspirados: Aurelio Acevedo, Pancho Campos, Ezequiel Mendoza, Josefina Arellano, Jerónimo González y no pocos otros para quienes "la verdad es cosa bendita y sagrada y todo lo que contra ella dijeren va maldito. Aquí se trata de hablar la pura verdad, sin drogas o fines torcidos, pues en todo caso Dios nos ve".[1] Josefina Arellano dice: "Aquí está lo puro cierto, nada le puse ni le quité, únicamente, como en los cuentos de los niños 'y que luego y que luego', y algo del 'pues' tan usado y una que otra palabra poco más correcta, pero eso es todo." La memoria va acompañada de la reflexión, de la búsqueda del sentido, "y como cada uno de estos acontecimientos tienen en su causa un milagro misterioso, para que se vea que Dios es el que aplaca a los poderosos del error que creen en los poderes de Belial y se apartan de la verdad".[2]

Era imposible no sentirse inquietado por el trabajo, con tales gentes. Que haya en el fondo de las almas más sencillas algo siempre dispuesto a florecer, ¡puede pasar! Pero que haya un Pancho Campos, un Ezequiel Mendoza, un Aurelio Acevedo, un Eugenio Hernández o un Felipe Brondo que parece saber tanto como nosotros, historiadores, doctos, sacerdotes, nosotros los únicos que sabemos respecto a lo que hay que pensar de todo eso... ¡Venid en socorro nuestro, oh categorías del pensamiento prelógico, primitivo, mágico, fanático, tan fáciles de denunciar en los demás! No conviene que estos rústicos nos dejen boquiabiertos con sus enigmas demasiado maliciosos.

[1] Ezequiel Mendoza.
[2] Norberto Gutiérrez, de Tepalcatepec (Michoacán).

La guerra de la Cristiada, bastante mal conocida, y que no se encuentra, parecida y viva, más que en los relatos de algunos hombres que intervinieron en ella como autores, y que ahora, llegados a los últimos años de su vida, han tenido a bien testimoniar, esta guerra de guerrillas es uno de los episodios de la historia moderna que deben atraer de manera más imperiosa la imaginación. Las sombras y la especie de misterio histórico que lo rodean no son sino un atractivo más.

El trabajo con tales hombres me obligó a plantear de nuevo mis hipótesis, a cambiar de temática; esto no es un manifiesto para la historia oral, no reivindicó el privilegio para un tipo de archivo. A causa de un accidente del camino, de un obstáculo momentáneo —porque después las fuentes clásicas se entreabrieron—, me vi obligado a realizar una experiencia histórica en la cual el testimonio es también acción, acción prolongada, acontecimiento.

La Cristiada ha desempeñado un papel excepcionalmente importante a causa de su trascendencia, de su duración y de su carácter popular. Por razones que el lector comprenderá fácilmente, la literatura existente tiende, en su mayoría, a pasar en silencio este movimiento, o a despacharlo en unas cuantas líneas difamatorias. Para ser tratada como merece esta epopeya, casi desconocida, exigiría numerosos volúmenes sólo para los documentos y los testimonios inaccesibles al público. El gran drama popular cristero es un trozo de historia del pueblo mexicano, del pueblo y no de los partidos, de las autoridades, de los sistemas de opresión, y sin embargo, o más bien por esta razón, ni siquiera se sospecha su existencia fuera de México.

Las condiciones de aparición de la epopeya estaban reunidas en 1929: un impulso formidable, dentro de una situación límite. Cortado de golpe este impulso, queda el escándalo para unos hombres que pasan después su vida dedicados a comprender, a ampliar, a restituir este acontecimiento único que es la Cristiada. Se ha querido ver en esta gran guerra un movimiento protofascista, gozándose en denunciar a los cristeros como a "Guardias Blancas" a las órdenes de los grandes propietarios, como unos sinarquistas anticipados.

Si hay un problema que plantearse, ¿no será más bien el de la singularidad de un movimiento de masas que por

los efectivos puestos en marcha, por la extensión geográfica abarcada, podría muy bien ser el más importante de la Revolución mexicana, y al mismo tiempo el más difícil de recuperar, más todavía que el zapatismo? Se ha dicho acertadamente que formarse una imagen del Estado no está al alcance de los pobres diablos. ¿Hay que decir "acertadamente"? Son capaces, cuando afirman que Calles es Herodes, de reconocer en ese nuevo Estado al enemigo; en tanto que se afirma con demasiada frecuencia la pasividad de las masas rurales, o también su motivación exclusivamente agraria, los cristeros combaten sin mandos exteriores y en virtud de su representación del mundo. Al no poder integrarlos ideológicamente, el historiador de la Revolución mexicana, con raras excepciones, ha negado su número, su fuerza, su índole.

La Cristiada fue un movimiento de reacción, de defensa contra lo que se ha convenido en llamar la Revolución, o sea el desenlace acelerado del proceso de modernización iniciado a fines del siglo XIX, la perfección y no la subversión del sistema porfirista. Cuando se resucitó, con fines políticos, la cuestión de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, el pueblo se movilizó para defender su fe. Cuando hubo dado muerte a un millar de federales, y, muertos otros tantos de los suyos, se vio que iba a ser el cuento de nunca acabar —esto duró tres años—, se dijeron: "Quizá sería más sencillo dejar que estas gentes fueran a misa, ya que tanto se empeñan." Y el movimiento terminó.

En el curso de los años 1917-1925, el nuevo Estado capitalista autoritario había aumentado sus fuerzas materiales y militares, creado su aparato político administrativo burocrático y comenzaba a sentirse definitivamente fuerte para mantener al país entero en el puño, cuando surgió la Cristiada. La sociedad de los campesinos seguía su desarrollo paralelamente al proceso de nacionalización, y la reforma agraria no estaba todavía lo bastante adelantada para impedirle todo movimiento autónomo. Cuando en junio de 1929 la Iglesia y el Estado hicieron la paz, de mano a mano, los únicos vencidos fueron los campesinos. Para la Iglesia la colaboración con el Estado era un mal menor, para el Estado la colaboración con la Iglesia era un mal irremediable y la paz un retroceso estratégico. Después, el Estado, definitivamente armado, blindado, burocratizado, sostenido por todos los aparatos (incluso el

de la Iglesia) y por una fuerte capa social privilegiada, asentó su omnipotencia.

El movimiento cristero tiene un estilo muy peculiar, pese a inevitables semejanzas con todas las rebeliones campesinas, mexicanas o no. Es un movimiento sin jefes, sin "caudillo". Gorostieta, el más notable de los jefes, el único con una dimensión nacional, sabía que no era el amo de la guerra: "Los conozco bien. Al primer toque de campanas, se me van a ir todos como una parvada de pájaros." Esta guerra era la guerra de ellos, la de un pueblo de Macabeos contra sus dirigentes, su Estado y su ejército.

He hablado de Macabeos, pero David es su referencia bíblica; hablan la lengua franciscana del siglo XVI, la de San Agustín, la del texto inspirado. Tienen el ardor de los neófitos, su lenguaje, su cultura (y después de todo, la cristiandad mexicana no contaba más de cuatro siglos; en 1926 su edad era la de la Iglesia de San Agustín o de Macario). Cristo da su nombre a su guerra; el ejército que los ahorca, los quema y los desuella, los llama Cristos Reyes, los de la coronación de espinas. Son la Iglesia sin sacerdotes de la sucesión apostólica y representan una cima de cristiandad, como lo atestigua la belleza, la riqueza de su lenguaje, de sus conceptos. Su cristianismo es auténtico, a pesar de todo lo que se ha dicho, de todo lo que sigue diciéndose en 1974 por los clérigos sobre la idolatría de un catolicismo mexicano que, según ellos, no sería otra cosa que "una parodia burdamente material de la religión romana".[3]

Un diplomático escribe estas líneas, cuando el pueblo ha comenzado ya a derramar su sangre por el advenimiento del Reino; no hay "idols behind altars", no hay mariolatría: la Virgen de Guadalupe es la Theotokos, la madre de Dios, y el sacerdote desaparece cuando sobreviene el acontecimiento. 1926 constituye una ruptura fundamental, el momento de la gran aventura mística que engendra esta multitud anónima de santos rústicos. Estos campesinos cuya gran preocupación, en tiempos de paz, era la de no morir de muerte repentina, mientras dormían, sin los sacramentos —las Gracias decían así: "Gracias te doy, Gran Señor, y alabo tu gran poder, porque con el alma en el cuerpo, me dejaste amanecer"—, estos campesinos van ahora tranquilamente a la muerte y se despiden

[3] Lagarde, informe del 18 de septiembre de 1926, en París.

de los suyos con un "Adiós, adiós, ya no nos veremos en este mundo". De pobres diablos insignificantes pasan a ser mártires y lo dicen tranquilamente, cesando de obedecer a los poderes a los que, todavía la víspera, saludaban humildemente. "¡Qué fácil está el cielo ahorita! Yo me voy", y "Nuestros abuelos, cuántas ganas hubieran tenido de ganarse la gloria así, y ahora Dios nos la da". En la persecución, veían la prueba de la predilección que por este país tenían la Virgen y Cristo.

Sin considerarse la verdadera Iglesia, estos hombres tienen ocasión de meditar sobre los textos sagrados trasmitidos por la tradición oral y la liturgia. Viven las bienaventuranzas y descubren su dignidad eminente, la de los pobres, que se iluminan al anuncio de la ruina de Jerusalén, de la tribulación y del Juicio. Tienen la convicción de su necesidad propia, y uno de ellos, Ezequiel Mendoza, lo dice expresamente, citando: "Y se les dio a cada uno una túnica blanca; y se les dijo que estuvieran tranquilos todavía un poco de tiempo, hasta que se completase el número de sus consiervos y de sus hermanos, que iban a ser muertos como ellos." (Apocalipsis VI, 11). Para que el reclutamiento de los santos apresure la venida de los Tiempos, era preciso morir como mártir.

¿Podrá hablarse por ello de milenarismo? No. Bernardo González dice que lo que él prefirió en la Cristiada fue la docilidad con que los cristeros aceptaron los "arreglos", cuando no estaban en absoluto de acuerdo ("de ganada, la perdimos"), además de que nunca habían sido tan fuertes y que sabían que iban, "como se dice vulgarmente, a dejarnos en la calle". La misma conciencia había en los otros que se inclinaban: "Ya no había Causa." No hablan de Cruzada, pero se refieren a Carlomagno y a los Doce Pares de Francia: la guerra era una santa empresa, pero el enemigo no era tal sino por su incredulidad y su sangre no era agradable a Dios. La sangre pedida es la del mártir, no la del enemigo.

Los cristeros vivieron la epifanía de una condición humana gloriosa y absoluta que sobrepasó el momento histórico y dio rienda suelta a su deseo de reencarnar los arquetipos; así, los acontecimientos históricos están cargados de mensajes soteriológicos y Dios se revela a través de la historia. Reviven tiempos pasados, planteando de nuevo la cuestión de la legitimidad de un César de-

trás del cual vislumbran a Satán; los soldados del gobierno gritan: "¡Viva el Gran Diablo, nuestro padre!" El perseguido, cual cristero al revés, es el testimonio de una totalidad, la del México cristiano engendrado en el siglo XVI por los hermanos de Fray Jerónimo de Mendieta. Todo esto está muy lejos de las clases dirigentes ajenas a esta reinvindicación de cierta manera de vivir y de morir juntos en determinado paisaje espiritual; reinvindicación continuada con las armas en la mano. He aquí una de las cosas por las cuales son admirables los cristeros; porque hay límites aquí abajo respecto de los cuales no se debe hacer concesion alguna. En la apocalipsis de 1926-1929, descubren nuestra razón de ser por una comprensión repentina, sacrificial de la historia humana y su memoria profética deviene esperanza.

A esto se debe que, por encima de sus aspectos económicos, conviene considerar estos alzamientos en sus más profundas raíces; si se quiere aprehender realmente el sentido de la Cristiada, hay que tener en cuenta, al lado de los factores económicos, otra necesidad y otra exigencia. "Porque si bien los apetitos económicos son realmente los más sustanciales y los más constantes, no son los únicos, ni a la larga los más poderosos; no constituyen tampoco las motivaciones más específicas del alma humana, sobre todo en los períodos en que domina la emoción religiosa." [4]

No sólo un estudio puramente económico es incapaz de explicar, con todas sus condiciones y causas, la simple aparición de un fenómeno tan importante como la guerra de los cristeros, sino que con tal análisis se corre el riesgo de disolver los contenidos más profundos de esta historia humana en plena efervescencia y de despojarla de su carácter original, por reducción a la pura ideología.

Esto, cuando la Cristiada interesa a la historia de las religiones, ya que transfigura el momento histórico en hierofanía y lo valoriza a causa de la revelación que comporta. La esperanza más grande del cristiano es la segunda venida de Cristo, que pondrá fin a la historia; este fin puede ocurrir hoy mismo, y la transfiguración del tiempo en eternidad se ha hecho bruscamente por los cristeros. Su vida se ha vuelto gloriosa, lo cual implicaba una existencia

[4] Ernst Bloch, *Thomas Münzer* (edición francesa, pp. 72-73).

concreta en la historia y la contemporaneidad de la agonía y de la resurrección de Cristo.

Hay en la historia de la Iglesia una serie de lugares privilegiados: los confines del desierto al este del Mediterráneo, las tierras comprendidas entre el Rin y el Loira, el corazón de Rusia y esa alta meseta mexicana evangelizada por los mendicantes, hijos de Francisco de Asís y de Juan de la Cruz.

FUENTES

Para los antecedentes tanto históricos como sociológicos, así como para la historia del conflicto, véanse las bibliografías de los tomos que anteceden a este tercero, para el que se utilizaron casi siempre los datos recogidos en las entrevistas del autor y en las del P. Nicolás Valdés y los datos arrojados por los cuestionarios (de los cuales 400 fueron llenados por cristeros y 200 por agraristas de la época; véase el capítulo sobre el reclutamiento). Fue indispensable desplazarse a los lugares y reunir los testimonios, a la par que numerosos documentos, escritos, fotografías, que obraban en manos de los sobrevivientes, numerosos aún pero que han ido desapareciendo con su generación.

La validez de este género de testimonios podría ponerse en tela de juicio y asombrarse de las referencias cronológicas o numéricas aparentemente extravagantes. Pero sería difícil concebir una autoridad más valedera sobre este tema. Si tales testimonios estuviesen publicados, se los podría citar como autoridades indiscutibles; si se considera la cantidad de falsedades que se imprimen, conscientemente o no, no cabe ya siquiera tratar de rehabilitar dichos testimonios orales, pues el respeto supersticioso a la palabra escrita no resiste la prueba de la duda, y menos aun cuando se trata de testimonios de la calidad del de Francisco Campos, quien, cual otro Bernal Díaz del Castillo, dice: "La verdad es cosa bendita y sagrada, y todo lo que contra ella dijeren va maldito", y se expresa así de la muerte de Trinidad Mora: "...que yo no vide, pero que me la platicaron". Y Aurelio Acevedo: "Hablo de lo que yo vi". Y Norberto Gutiérrez, que me escribe: "Con referencia a nuestra gloriosa historia de defensores de nuestra santa religión si Ud. gusta yo tengo mucho que contarle de la mayor parte de los combates que se cuentan en estas regiones de Coalcomán así que al pesar de que no ce escribir ni soy capas para nada estoy a sus ordenes si Ud gusta." Y Ezequiel Mendoza: "Aquí se trata de hablar la pura verdad, sin drogas o fines torcidos, pues en todo caso

Dios nos ve." Y, en fin, Josefina Arellano: "Aquí está lo puro cierto, nada le puse ni le quité."

He aquí los nombres de los cristeros entrevistados, por regiones:

AGUASCALIENTES: *Ciudad de Aguascalientes:* José G. Carvajal, J. de Jesús Orozco, José Ruiz Esparza, P. Uriel de la Torre; *Calvillo:* J. J. Calvillo Losano, Juan Hernández.

COAHUILA: *Saltillo:* Felipe Brondo.

COLIMA: *Ciudad de Colima:* Miguel Anguiano, Virginio García, P. Enrique de J. Ochoa, P. José Verduzco, Salvador Villasaiz; *Comala:* Ángela Zamora, Andrés Zamora.

DURANGO: *Ciudad Lerdo:* Fidel Pinedo; *Durango:* P. Nicolás Hernández, P. J. J. Hernández, Raymundo Muros Jesús Sanz Cerrada; *Santiago Bayacora*: Agapito y Francisco Campos (grabados por Andrés Lira).

GUERRERO: *Buenavista de Cuéllar:* María Ayala viuda Bárcenas, Trinidad Uribe, Gabriel Velasco; *Chila*[Francisco Acevedo, Armando Castro, monseñor Fi Cortés (hijo de Simón Cortés, jefe de la región Michoacán), Claudio García, P. Tomás Herrera, Fc nato López, Ángel Moctezuma; *Huitzuco*: Víctor (Laureano Castrejón; *Iguala:* P. Carlos Guevara; *T* Anselmo Álvarez; *Totoltepec:* Mario Salgado; *Xal*; *huac:* Teresa de García.

GUANAJUATO: Enrique Jaso (organizador civil); *Aba Alto:* Francisco Núñez, Pablo Mejía; *Dolores H* Epifanio Gallegos, J. J. Garay; *ciudad de Guan* Paulo Arenas, F. Gallegos; *Jalpa de Cánovas: A* Hernández, Eulogio González, Hilario Franco López, Cecilio E. Valtierra; *Pénjamo:* T. Truj sendo Rojo, José Sandoval; *Rincón de Tam* guel Martínez; *Romita:* Zeferino Reyes; *S* Juana de León Sepúlveda; *San Francisco* Dámaso López Cruz, Miguel Godínez, T Pacheco, Silberio Magaña; *San Luis de l*

rio Contreras, Alberto Loyola; *San Sebastián del Salitre:* José López Quintero, Joaquín Guerrero; *Silao:* José Contreras, Juana Ramírez; *Victoria:* Lupe Chairis, Beatriz Espínola, Federico García, Vicente Osornio, Jesús Ramírez, Dolores Ramírez.

JALISCO: *Ameca:* María del Rosario Ochoa, los esposos Villanueva, Claudio Ruiz; *Arandas:* Felipe Figueroa, José Jiménez, José Rodríguez L., Guadalupe Tejeda, María Torres; *Atemajac:* Felícitas Gómez; *Atengo:* Luis Sánchez; *Atotonilco:* María T. Dueñas, Santiago Dueñas, Juan Aguirre, Melesio Barbosa; *Autlán:* Severiano Michel; *Ayo el Chico:* Ramón Hernández, Trinidad Orozco, Isidoro Rivera; *Ayutla:* Andrés Villegas; *La Barca:* José Martínez, Luis Salorio, Rodolfo Loza Márquez; *Bolaños:* Vicente Benavides; *Capilla de Guadalupe:* Genaro Gómez; *Ciudad Guzmán:* José Sánchez, María Inés Zibrián; *Chimaltitán:* Salvador Campos; *Cocula:* Laureano Flores, Víctor Playola, Antonio Virgen; *Ocotlán:* Luis M. Castañeda, Plácido Márquez; *Concepción de Buenos Aires:* Felipe Padrón; *Encarnación de Díaz:* Esmeraldo Alba, Clemente Pedroza; *Etzatlán:* Romualdo Arellano, Pedro Martínez; *Guadalajara:* Sebastiana Acuña, profesor J. Paz Camacho, Antonia y Lola Castillo, David Dávila, Elodia Delgado, Rosendo Flores, Marina García de Alba, Celia Gómez, J. J. Herrera, Juanita López, J. Encarnación López, José Martínez, Rafael Martínez Camarena, P. Heriberto Navarrete, Lupe Sánez viuda de Gómez Loza, Agustín Sánchez Pérez, P. colás Valdés; *Jalostotitlán:* Longino Becerra, José Gu-rez y Gutiérrez; *Juchitlán*: los esposos Fletes, P. enzo Plascencia; *Lagos:* Daniel Alcalá, María Aldana, ermana de Martín Díaz, Mónica Martínez, Pancho tínez, José Zermeño; *La Magdalena:* María Cabral, dor Ornelas, José Ruiz; *Manalisco:* Ezequiel Ga- Jorge Martín López, Trinidad Rodríguez, Juan ios de Velasco; *Mazamitla:* P. José Santana Gar- *ezquitic*: Juana Ramos; *Milpillas*: María Concep- Aceves, Salomé Serrano; *Moya:* Ausencio Gómez; *tlán:* Juan Tachiquín Castro; *Ojuelos:* Aleja María Díaz, Nicolás Mazcorro, María Luisa . M. Piedad Tello; *Pegueros:* J. Loreto Gutié- *ncitlán:* Jesús Gutiérrez; *San Diego de Alejan-*

dría: Domingo E. Carrillo, Constancio Pérez; *Sa.. cisco de Asís:* Ignacio Fonseca, Jerónimo Gutiérrez, Ju.. Gutiérrez, Jesús y José Vázquez y sesenta y cinco personas más; *San Ignacio Cerro Gordo:* José Orozco, J. de J. Ríos; *San José de Gracia:* María del Refugio González, J. J. Rocha, G. Sánchez; *San Juan de los Lagos:* Clementina Muñoz y numerosos peregrinos, P. Ramón Pérez, José Tostado; *San Julián:* Miguel Jiménez, Toribio Valadés, Gerardo Torres, José Márquez; *Santa María de los Ángeles:* Pedro Velázquez D.; *San Miguel el Altc* José Casillas, la familia Jiménez Gutiérrez, Jesús Ma Reynoso; *Tototlán:* Matilde Cárdenas, Daniel Martí Anselmo García V., Petra Ramírez; *Tenamaxtlán* J. Jesús Pérez; *Teocaltiche:* Eugenio Hernández nuel Ramírez de Oliva (a) Luis Luna, Juan R Pedro Sánchez; *Totatiche:* Jesús Campos, P. He Cueva; *Tepatitlán:* Cecilio Valdivia; *Tlacuita* ría Cruz Sollano; *Tuxpan:* Luis Reyes; *Unión* Ramón Michel; *Unión de San Antonio:* J. Campo; *Zapotiltic:* Dionisio Hernández.

MÉXICO: *Chalma:* J. Jesús y Marciano Cortés Tomás Negrete; *Chicoloapan:* Félix Río *huaca:* Salvador Reyes; *Ocuitán de A* Calvario; *Tenancingo:* Emiliano Guar tonio Fabila y el general Benjamí hospital militar de la ciudad de M

MICHOACÁN: *Angangueo:* Isaías Domí *Apatzingán:* P. Emiliano Soria; ...or Correa, Mario Gutiérrez; ... *...n:* Ezequiel Mendoza ...ez, Damián V ...n Varga ...

…IT: *Compostela:* Gilberto Góngora; *Ixtlán del Río:* F. López Manjarrez, Cristina Arreola de Murillo, Santos Becerra, P. Casillas; *Mexpan:* J. Buenaventura Iriarte; *Tepic:* Guadalupe Bustamante, Teresa González Lara, E. López Vidrio.

OAXACA: *Huajuápan de León:* Pablo Herrera R., Rafael Vidal López; *Jalatlaco:* Paulina Hernández; *Oaxaca:* licenciado Castañeda, Manuel Ángel Hernández, P. Epigmenio Hernández, P. Tereso Pasas, P. Lino Vargas; *Tlaxiaco:* Isidro Gatica Rojas, Rosalino Gutiérrez, Laureano Martínez; *Tecomaxtlahuaca:* Miguel Ávila C.; *Yoxo:* P. Francisco Cruz.

…ARO: *Colón:* Miguel Espino, Guadalupe Gutiérrez; *…mán:* Porfirio Ángeles, Javier Rodríguez y la coro- Agripina Montes.

…orosí: *Vanegas:* Felipe Topete.

…uitláhuac: Apolonio Carrillo Andrade; *Jo-* …sé Ruiz.

…a: David O'Bryan.

…anzuela: P. Leonardo Sandoval; *Floren-* …rellano; *Fresnillo:* José Campos Bonilla, *Huejuquilla:* Pedro Cordero, Tomás …a de Robles; *Laguna Grande:* Vale- *…omax:* Ernesto Campos; *Monte* … …oto, Heriberto Argüelles: … Margarito Salaza… …scual Pache… …negas. …

ÍNDICE DE MAPAS, GRÁFICAS Y FOTOGRAFÍAS

MAPAS Y GRÁFICAS

Distribución y superficie de las explotaciones de 1 000 hectáreas y más, según los ex cantones [p. 14]
Distribución geográfica de los ejidos creados hasta 1930 por ex cantones [p. 16]
Importancia del reparto de tierras y su limitación temporal [p. 89]
Zonas controladas por el ejército de los cristeros en 1929 [p. 102]
Organización del Control Militar de Occidente, bajo la dirección de Javier Heredia, desde el 15 de mayo hasta el 15 de diciembre de 1927 [p. 112]
›rganigrama de una brigada femenina [p. 127]
a cristiada en Colima [p. 156]
fatura civiles de la U. P., noviembre de 1927 [p. 164]

rocrafías

re pp. 16 *y* 17

l padre Vega y Gorostieta
cañón Macabeo, de la División Sur de Jalisco
s cristeros de Colima (general Salazar, a caballo)
dados del Regimiento Valparaíso (Zacatecas) luciendo las polainas del general federal J. B. Vargas
;eneral Federico Vázquez (Durango)
uel Loza, gobernador cristero de Jalisco, con su serio R. Martínez Camarena
›s de cristeros del Regimiento Valparaíso (Za-

l Luis Ibarra y el coronel G. Gómez

45

›s

.npaña en los Altos de Jalisco

3. Altar en el campamento de Federico Vázquez (Durango)
4. Huejuquilla el Alto: mientras en el llano se desarrolla el combate, los pacíficos rezan
5. Penitencia popular
6. Cristeros de la sierra de Michis (Durango)
7. Coronel Florencio Estrada
8. Aurelio Acevedo, gobernador cristero de Zacatecas.
9. Don Nicho Hernández, jefe en los Altos

¿Merecía el tema alargarse tanto? El historiador mexicano Luis González y González opina: "Es, sin lugar a dudas, una historia integral de uno de los momentos más críticos de la Revolución mexicana. Es, por otra parte, más que historia; es un magnífico análisis interdisciplinario." Los años 1926-1929 son cruciales, ya que durante ellos se instala el sistema político contemporáneo. El Estado establece su omnipotencia,sostenido por el aparato y una fuerte capa social privilegiada. En el momento en que se cree definitivamente fuerte, la Cristiada, movimiento autónomo de masas, sobre todo de masas campesinas, desdeñadas por los partidos, se desarrolla.

Y desempeña un papel excepcionalmente importante, a causa de su envergadura, de su duración, de su carácter popular. Por razones fáciles de comprender, la literatura existente, hagiográfica u hostil, pasa por alto la realidad de este movimiento, o lo difama. Pero el gran drama popular cristero es un trazo de historia del pueblo, la tradición viva, que ha penetrado por los ojos y los oídos de una generación y ha quedado en el corazón y la memoria de la generación que la siguió.

Fruto de siete años de trabajo es este examen histórico que lleva por título general Lo Cristiada de los cuales Jean Meyer —investigador del Centre National de la Recherche Scientifique y profesor de la Sorbona— pasó cuatro en México trabajando en los archivos, llevando a cabo encuestas y hablando con los supervivientes. El núcleo central es la Cristiada, la gran guerra de 1926-1929 y la guerrilla de la cuarta década, "la Segunda", "la albérchiga", fruto tardío, venido a destiempo y fuera de sazón. Pero ¿cómo separar la guerra cristera del conflicto entre la Iglesia y el Estado? ¿Cómo no querer abarcarlo todo? Todos los temas,o todos los niveles: historia política y diplomática en la que se ve a México, Washington y Roma ocupando los primeros planos: historia mexicana e internacional: la Iglesia mexicana contra el Estado mexicano, la Iglesia mexicana contra el Vaticano, el Vaticano y Washington, el Vaticano y el Estado mexicano, el Estado mexicano y Washington. Todo se relaciona, y el petróleo no anda lejos del agua bendita. Historia también que afecta por igual a la Revolución y a los revolucionarios, a la reforma agraria, al ejército, la índole del gobierno y su ideología, los católicos, los eclesiásticos, la jerarquía.

Narración, análisis, historia militar, económica, sociológica, intento de interpretación, discurso sobre otros discursos: el de Calles que no es el de Obregón, discurso romano que no es ni el de la Liga ni el del arzobispo de México, discurso yanqui, discurso cristero, discursos pasados, discursos actuales, que se entrecruzan y explican mutuamente...

Todo esto determina la extensión de un trabajo que se publica en tres volúmenes.

I. La guerra de los cristeros, historia militar que pretende ser relato vivo, dejando la palabra a los actores, en la medida de lo posible.

II. El conflicto entre la Iglesia y el Estado (1926-1929), historia política y diplomática que intenta abarcar más que esto, ya que se remonta a las raíces del combate.

III. Los cristeros, su ejército y los factores de su reclutamiento, su gobierno, su guerra, su ideología y su religión.

[a la tercera de forros]

siglo veintiuno editores
MÉXICO
ESPAÑA
ARGENTINA
COLOMBIA